

PUNTO

ROJO



INTRUSION EN EL ASESINATO

keith luger



INTRUSIÓN EN EL ASESINATO

KEITH LUGER

INTRUSIÓN EN EL ASESINATO

1.^a EDICIÓN

SEPTIEMBRE - 1962



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BUENOS AIRES - BOGOTÁ

DEPOSITO LEGAL B 16.966 - 1962

PRINTED IN SPAIN -IMPRESO EN ESPAÑA

© KEITH LUGER - 1962

Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1962

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**

N. R. 3631/62

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia

ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

En Colección BISONTE:

731 — El asesino tiene otra cara. 742 — El maravilloso *gun-man*. 758 — Justicia para un fugitivo,

En Colección BUFALO:

424 — Paso a un hombre. 434 — La hija del senador. 451 — El terremoto de Rock Hill.

En Colección SERVICIO SECRETO:

594 — Una mujer en la sombra. 616 — Reto a una ciudad. 627 — La muerte llegará a las seis.

En Colección PANTERA:

76 — El hombre de Memphis.

En Colección CONGO:

23 — Rebelión en Argelia.

En Colección TEXAS:

284 — La novia del *gun-man*. 303 — Cebo para un *gun-man*. 312 — Con el nombre de otro.

En Colección CALIFORNIA:

262 — Dos *gun-men* con suerte. 270 — El rancho "Mala Hierba". 297 — El buscavidas.

En Colección COLORADO:

253 — El beso de la muerte.

En Colección KANSAS:

216 — Los codiciosos.

En Colección ASES DEL OESTE:

131 — Tres hombres van a morir. 145 — Frente a frente. 156 — Un *gun-man* bueno.

En Colección BRAVO OESTE:

71 — Para piano y revólver. 76 — El puma asesino. 81 — Campanas de funeral.

En Colección PUNTO ROJO:

8 — El canto del cuervo. 11 — Horóscopo: Morirá * mañana. 14 — Noches de pánico.

INTRUSIÓN en el ASESINATO

por **KEITH LUGER**



CAPÍTULO PRIMERO

—¡Qué tiempo del infierno! —exclamo Risco Novak mientras echaba a correr hacia los billares de Kit Casey después de haber salido del taxi.

Su compañero Frank Mac Milito estaba abonando el importe de la carrera.

Cuando Risco estuvo a resguardo de la lluvia, bajo la marquesina, se quitó el sombrero de fieltro y lo sacudió. Era un hombre alto, de sienes hundidas y facciones alargadas.

Frank Mac Millin salió del taxi y echó a correr bajo la lluvia que como ráfagas de ametralladora repiqueteaban en el pavimento Frank Mac Millin era más bajo que Novak, fornido, de cara ancha donde brillaban dos ojos del color del ónix.

—Eh, Risco, ¿cuándo vas a pagar una condenada vez?

—Me he quedado sin blanca, ya te lo dije.

Mac Millin movió la cabeza rezongando:

—Tú y tus condenadas mujeres... ¿Cuándo vas a aprender que ellas sólo te quieren por tu dinero? Tanto tienes, tanto vales.

—Betty me quiere.

—Claro que te quiere... mientras tienes plata.

—Estaba en un apuro y tuve que largarle el fajo que me quedaba. Anda, deja de refunfuñar y juguemos esa partida.

Entraron en el local. La atmósfera estaba envuelta en la penumbra, llena de humo. Se oía el entrecuchar de las bolas mezclado con los denuestos de los jugadores.

—La mesa cuatro está vacía —dijo Risco—. Vamos allá.

—Eh, Frank —dijo Casey desde el mostrador—. Dejaron algo para ti.

Frank recogió de manos de Casey un sobre que estaba cerrado.

No abultaba mucho.

—¿Quién lo envía? —inquirió Risco.

—No lo sé. Sólo está mi nombre.

—Ábrelo y sabrás a qué atenerte.

Frank se volvió hacia el mostrador donde Casey estaba sirviendo una cerveza.

—Eh, Casey, ¿quién trajo este sobre?

—Un muchacho de unos doce años. Nunca lo había visto hasta entonces. ¿Por qué?

—Bueno, no tiene importancia.

Frank hizo señal a Risco para que fuesen hacia la mesa. Al llegar allí rasgó el sobre y extrajo su contenido. Los dos se quedaron asombrados al ver que se trataba de un billete de quinientos dólares.

—Demonios, ¿qué es esto?

—Papá Noel te llegó con adelanto. —Risco tomó el billete y lo miró al trasluz—. Parece bueno.

—Hay algo más —dijo Frank metiendo los dedos en el sobre—. Una carta.

Risco seladeó para leer el contenido del mensaje que decía así: «Les haré una llamada a ese local a las siete».

Eso era todo. No había más.

—Eh, ¿qué significa eso? —preguntó Risco.

—No lo sé.

—Quedamos en que íbamos a medias, Frank. No me gusta.

—Te juro que no sé de qué se trata.

—En estos tiempos no hay quien entregue quinientos dólares sin dejar siquiera su nombre.

Frank se masajeó el mentón. Miró el reloj que había en la pared. Las saetas marcaban las seis y cuarenta minutos.

—Bueno, chico, saldremos pronto de dudas. Aquí dice que llamará a las siete.

Empecemos a jugar.

Arrancó de un tirón el billete de las manos de Frank y lo guardó en el bolsillo. Después se dirigió a elegir el taco pero Risco lo alcanzó a mitad de camino.

—Eh, Frank. Tengo derecho a la mitad.

—Todavía no sabemos nada. Espera un poco.

—¿Por qué jugar esta partida? Vámonos de aquí con los quinientos y festejémoslo. —¿Qué ocurrencia es ésa?

—No sabemos quién es ni cuál es el asunto.

—Eh, Risco, no me gusta esa forma de pensar. Tenemos montado un negocio. Tú sabes que el cliente siempre tiene razón. No podemos largarnos con los quinientos dólares hasta saber quién es el tipo que nos los envía y qué es lo que quiere.

—Hace una noche de perros y...

—Sí, y tú quieres presentarte a Betty y decirle: «Nena, aquí me tienes con más pasta».

Me bastó darme una vuelta y lo conseguí... Figúrate qué tipo grande te fuiste a agenciar...

—No me gusta que se burlen de mí, Frank...

—¿Quién se burla? Anda, cierra el pico y empecemos a jugar.

Iniciaron la partida y Frank Mac Millin cobró en seguida ventaja. Se dio cuenta de que Risco no prestaba mucha atención al juego. Normalmente, sus fuerzas estaban igualadas.

Ninguno podía decir que fuese superior al otro haciendo carambolas. El perdedor pagaba cinco dólares, pero, al cabo de un mes, se podía decir que no habían hecho otra cosa que cambiar su dinero.

Risco estaba perdiendo fáciles carambolas y, cuando faltaban tres minutos para las siete, interrumpió el juego.

—Eh, chico, estoy pensando en que podría ser una trampa. ¿No se te ha ocurrido?

—¿A quién se le va a ocurrir pagarnos quinientos dólares para tendemos una trampa?

—Podría ser cosa de Earl Lorraine.

—No te funciona bien la cabeza. ¿Lorraine gastando quinientos dólares con nosotros?

Seguro que nos pisaría el cuello si pudiese, pero lo haría gratis. Sin gastar un centavo.

Vieron que uno de los empleados, Hessen, se metía en la cabina para atender una llamada.

A través del cristal observaron cómo Hessen atrapaba el micro, escuchaba unos instantes y luego movía la cabeza en sentido afirmativo. Dejó el teléfono descolgado y salió de la cabina.

—¿Es para mí, Hessen? —Oyeron la voz ronca de Ingran Burns.

Hessen hizo un gesto negativo y al fin enfocó su mirada en la mesa número cuatro.

—¡Mac Millin!

Frank dejó el taco apoyado en la mesa y echó a andar.

—Voy contigo —dijo Risco.

—¿Es que no te fías de mí?

—No quiero que cometas una equivocación.

—Oh, sí —rió Frank—. Puede ser una trampa. Se metieron en la cabina y Risco la cerró.

—Mac Millin al habla —dijo Frank por el micro.

—Buenas noches, señor Mac Millin —oyó una voz varonil, bien timbrada—. Celebro que haya recibido mi carta.

—¿Cómo sabe que la he recibido?

—El hecho de que esté ahí hablando significa que llegó a su poder mi mensaje y lo que le acompañaba.

—Muy bien. Lo recibí. Diga su nombre.

—Mister X.

—¿Eh...? Eso no es ningún nombre.

—Bastará para nuestras relaciones.

—¿A qué relaciones se refiere?

—Señor Mac Millin, conozco la clase de trabajos que usted y su amigo Risco realizan, y tengo que felicitarles porque lo hacen muy bien.

—Oh, sí. Risco y yo somos buenos soldados.

El hombre que estaba a la otra parte se echó a reír.

—Sí, ustedes son buenos soldados... de carne humana.

—¿Qué dice?

—Aprendieron a soldar en la prisión de Akron, en Ohio, donde usted y su amigo pasaron unas vacaciones. Fueron condenados como cómplices en el asesinato de Jimmy Sorrento. Pero, cuando salieron de allí, se dedicaron a la misma profesión que antes. No utilizaron el soplete sino la pistola.

—¿Sabe lo que le digo, mister X? Usted está chiflado.

—Oiga, Frank. Les conozco bien a los dos. Puedo decirles su prontuario. Cuatro veces sentenciados por asalto a mano armada, dos robos con escalo, uno por complicidad en asesinato... También fueron juzgados siete veces y aunque no se les pudo probar nada en todas ellas la acusación fue de asesinato. ¿Quiere que siga?

—Sería muy aburrido, míster x.

—Bueno, Frank. Hablemos de negocios. Ahora tienen quinientos dólares míos.

Recibirán otros mil cuando hayan terminado su misión.

Risco inclinaba la cabeza, pegado el oído al auricular. Dio con el codo a Frank y le hizo una señal para que colgase.

—Ya te lo dije —murmuró en voz baja—. No me gustaba... Larguémonos de una vez con ese dinero.

Frank le dirigió una furiosa mirada. Luego habló por el micro.

—¿Qué misión es ésa, míster x?

—Van a matar a una mujer.

—No es lo nuestro, míster x.

—Está muy chistoso esta noche, Frank. Ustedes han matado a unas cuantas personas.

Es su profesión. El asesinato. Lo continuarán haciendo y esta vez voy a ser yo su patrón...

Y no me digan que siempre matan a hombres. En dos ocasiones asesinaron a mujeres.

Puedo darle nombres y las ciudades dónde ocurrió.

—No hace falta, míster x.

—Eso está mejor, Frank —rió el hombre a través del cable.

—Pero quizá no nos conformaremos con los mil quinientos dólares. Dependerá de la dificultad o facilidad en el trabajo.

—No se preocupe, Frank. Será el trabajo más sencillo que hayan realizado en su vida.

—¿A dónde hemos de ir?

—Ni siquiera saldrán de la ciudad. ¿Conoce la Terminal de autobuses del Oeste?

—Sí. Risco y yo hemos ido alguna vez por allí, aunque nunca trabajamos en aquel lugar.

—Buen sitio, ¿eh, Frank...? La gente va y viene, se aglomera. ¿No soñaron nunca con liquidar a alguien allí...?

Frank se dijo que aquel hombre acertaba sus pensamientos. En cierta ocasión, Risco y él, fueron a la Terminal de autobuses del Oeste para recibir a un amigo que llegaba de una penitenciaría de Illinois. Era un buen tipo aquel Bob Harrison, aunque un mes más tarde lo enviaron al cementerio porque había, aumentado excesivamente de peso, plomo que le habían enviado al doblar una

esquina. En aquella ocasión, entre bromas, él y Frank, se refirió a lo fácil que resultaría matar en la Terminal a cualquier persona porque la huida sería juego de niños.

Miró a Risco y le guiñó un ojo.

—¿Quién es la mujer, míster x?

—Una joven de unos veinte años. Su nombre es Margie Gaskin. Viaja en el autobús procedente de Columbus que tiene anunciada su llegada a las nueve de la noche. Para que no haya ningún error yo les facilitaré a ustedes su identificación.

—¿De qué forma?

—Poco después de su llegada, el altavoz voceará su nombre para que acuda a una de las cabinas telefónicas donde atenderá una llamada.

—Magnífico, míster x.

—Luego, sólo tendrán que hacer el trabajo.

—¿En la misma cabina?

—¿Por qué no? A su gusto, si se les presenta la oportunidad.

—Muy bien. Procuraremos hacerlo en la misma cabina.

—Fue así como acabaron con Ralph Hopper. Recuérdelo.

—Usted sabe muchas cosas de nosotros, míster x. Pero nosotros no lo conocemos.

¿Cómo sabemos que vamos a cobrar los mil dólares? Buena pregunta, ¿eh, míster x?

—Percibirán los mil dólares por el mismo procedimiento que les llegaron los quinientos.

—Sí, ya sé, míster x. Es su palabra pero ¿dónde está la garantía?

—Pero muchachos, no deben ser tan incrédulos, ¿no les he demostrado que sé muchas cosas de ustedes...? Si los he elegido para que me hagan el favor, es porque también sé corresponder. Si yo les apretase lo tendrían que haber hecho gratis... No desconfíe, Frank, Tendrán los mil esta misma noche en lo de Casey.

—Está bien, míster x. Entramos en el acuerdo.

—Buena suerte, Mac Millin... Ah, no se olvide le trasladar mis buenos deseos a Risco.

Oyó que colgaban a la otra parte y luego lo hizo él.

Risco se apartó de su compañero y, sacando un pañuelo, se puso a enjugarse el sudor que le corría por la cara.

—¿Lo has oído todo? —le preguntó Frank.

—Sí.

—¿Qué dices ahora de una trampa?

—No, no creo que lo sea.

Frank le palmeó el brazo y ambos salieron la cabina.

—Esta vez te ganaré —rió Risco.

—Anda, te concedo la revancha.

—Oye, chico, vas a tener setecientos cincuenta dólares. Es lo que te corresponde, ¿por qué no te apartas de Betty?

—Me hago una pregunta, Frank, me la hago constantemente. ¿Por qué odias tanto a las mujeres...? Son estupendas Frank. Ahí lo tienes, gracias a una de ellas nosotros vamos a ganar un poco de dinero fresco. ¿Son buenas o no?

Frank entornó los ojos mientras ponía tiza en el taco.

—Sí, son buenas... buenas para matar.

CAPÍTULO II

El autobús de Columbus agujereaba con sus faros la noche lluviosa.

El conductor, Joe Simpson, no apartaba los ojos de la pista.

El primer viajero que se sentaba a la derecha había estado escuchando una emisión por su transistor.

—Eh, amigo —dijo a Joe—. Acaban de dar el parte meteorológico. Continuará lloviendo hasta que lleguemos a Nueva York. Vamos al encuentro de la tormenta.

—Hermosa noticia —contestó Joe.

Margie Gaskin ocupaba el asiento número trece.

Era una joven de unos veinte años, morena, bonita, de nariz respingona y labios muy rojos. Poco después de iniciar su viaje había empezado una novela que ahora tenía por la mitad. No acostumbraba a hablar con desconocidos y menos cuando viajaba.

Aquella muchacha que se sentaba a su lado, la del asiento catorce, había intentado iniciar la conversación varias veces. Dijo llamarse Carolyn Gerr. Iba a Nueva York en busca de un empleo. Era una pelirroja de ojos verdosos, vivaces, y nariz pecosa. No parecía una joven que se hubiese interesado mucho por los estudios. Su forma de hablar la delataba como una chica de pueblo y Margie Gaskin estaba dispuesta a jurar que Carolyn Gerr procedía de la capa más inferior.

De pronto se encontró con una manzana delante de su novela.

Volvió la cabeza hacia la pelirroja y vio que le sonreía.

—Ande, señorita Gaskin, nútrase... Son buenas. Pertenecen al huerto de Harry, «El Mulo»... Sus árboles producen las mejores manzanas de Templetown.

La distinguida señorita Gaskin tosió suavemente y hasta forzó

una sonrisa.

—Perdone, señorita Gerr, pero no me gustan las manzanas.

—Ya le digo que son especiales.

—No, gracias.

—Bueno, aún faltan dos horas para llegar a Nueva York. Si de aquí a entonces se siente con hambre no le dé vergüenza pedírmela. A propósito, ¿preferiría un trozo de tortilla de patatas...? Está fría, pero le aseguro que se chupará los dedos. Es un regalo de la mejor cocinera de Templetown, Mary «la Culebra».

—Es usted muy amable, señorita Gerr, pero le aseguro que no siento ningún apetito.

—Eso es malo. ¿Siempre le pasa esto?

—Casi siempre.

—Es verdad. Tiene mal color... ¿Ha ido ya al médico?

—No tengo nada, señorita Gerr. Me siento completamente bien.

—Debería tener más cuidado y visitar a un doctor, pero no a uno cualquiera sino a uno bueno. En Templetown tenemos al doctor Turner. Es una eminencia. Lo cura todo... Estoy segura de que el doctor Turner la arreglaría a usted. Sí, daría un nuevo color a sus mejillas.

—Señorita Gerr, ¿puedo hacerle una pregunta?

—Claro que sí —repuso Carolyn sonriendo.

—Si en Templetown tienen las mejores manzanas, la mejor cocinera especialista en la tortilla de patatas y el mejor doctor, ¿por qué abandonó usted el pueblo?

—Es muy sencillo, señorita Gaskin. Yo soy la peor bibliotecaria del condado y del Estado; y hasta si me apura mucho, del país. Eso es al menos lo que dijeron ellos.

—¿Por qué la peor, señorita Gerr?

—Me gusta hablar con la gente... No quiero molestar a nadie, pero deseo conocer sus preocupaciones. Todos tenemos problemas y a mí me gusta solucionárselos a los demás.

No siempre puedo, naturalmente. Ya sabe, los lectores venían a la biblioteca y yo me ponía a hablar con irnos y con otros... Había un gran cartel en que se leía: «Se ruega silencio», y yo era la primera en incumplirlo.

—Qué tragedia. —La señorita Margie Gaskin se puso a leer dando por terminado aquel diálogo.

Carolyn se encogió de hombros y atizó un mordisco a la hermosa manzana que le había sido regalada por Harry «El Mulo».

—Señorita Gaskin, ¿tiene usted algún problema?

Margie contestó sin apartar los ojos de la página.

—No tengo ningún problema, señorita Gerr. De todas formas, agradezco mucho su buena intención.

Carolyn siguió comiendo su manzana.

—Señorita Gaskin, ¿sabe usted qué asiento ocupa?

—Desde luego. El trece.

—¿No le da miedo?

—En absoluto.

—Me alegro que no sea supersticiosa... Yo tampoco lo soy, pero si lo hubiese sido, no habría tenido inconveniente en cambiar con usted... ¿Quiere que cambiemos?

Margie cerró y abrió los ojos.

—Señorita Gerr, ya le he dicho que no soy supersticiosa. Es más, le agregaré otra cosa.

Me gusta el trece.

—¿Es su número favorito?

—Exactamente. Es mi número favorito.

—Entonces es supersticiosa. Yo se lo explicaré... —No hace falta que me explique nada, señorita Gerr. No tengo ningún problema, ¿lo recuerda...? No hace falta que se moleste en darme soluciones.

—¿Cuál es el nombre? ¿Margie qué más? No lo recuerdo.

—Margie Gaskin.

Risco pasó la gamuza por la pistola sacándole brillo.

—¿A qué hora nos iremos?

—A las ocho.

—Bueno, esos autobuses llegan puntuales. ¿Por qué tanta prisa?

—Hemos de dar una vuelta por allí para echar un vistazo a las salidas. Es un sitio muy bueno para despachar a una persona, pero más vale estar prevenidos.

La campanilla del teléfono se puso a sonar.

Frank atrapó el micro.

—¿Sí?

—¿Está Risco?

—¿Quién llama?

—Betty.

—Déjalo en paz, Betty.

Risco puso la pistola en el sillón y le hizo una señal a Frank para que le alargase el micro.

Frank se lo dio mascullando una maldición contra todas las mujeres.

—Hola, Betty —sonrió Risco.

—¿Vas a venir, Risco?

—Ahora no puedo.

—¿Por qué...? Ya sé, te vas a ir con otra, con esa Rose o con Lucy...

—No, nena, te equivocas. He de hacer un trabajo. Será rápido. En seguida acudiré a tu apartamento.

—Será mejor que no faltes a la cita... ¿Sabes una cosa? Me hizo una llamada Johnny Forester.

—Maldito. ¿Desde dónde te llamó? ¿Desde la penitenciaría?

—No seas tonto. Ya salió.

—¿Cuándo?

—Lo dejaron libre ayer. Está en la ciudad.

—De modo que te ha llamado, ¿eh? ¿Por qué no lo mandaste al diablo?

—Me ha propuesto que me marche con él a California.

—¡Betty!

—Le dije que lo pensaría.

—Debería retorcerte el pescuezo... Eso es lo que debería hacer...

—Cuidado, rico, que se te va a subir la sangre a la cabeza. Te he dicho que él me llamó pero yo no le di ninguna respuesta. Ni siquiera le dije que viniese aquí.

—Recuerda que ese apartamento lo pago yo. No quiero que ponga los pies en él.

—Descuida, le dije que no viniese, pero me hará una llamada esta noche a las diez. Su avión sale a las once. Quiero que a esa hora estés aquí, ¿lo oyes?

—Claro que estaré. Y yo seré quien conteste a Johnny Forester.

—No hay inconveniente en que lo hagas.

—Me juraste que me serías fiel.

—Y no he faltado a mi promesa. ¿Qué culpa tiene una de estar tan acosada...?

Recuérdalo. No faltes a la cita o te encontrarás con una sorpresa.

—¿Qué sorpresa?

—¡Con el nido vacío! —exclamó Betty y colgó.

—¡Betty...! ¡Betty! —Risco dejó el auricular dando un golpe en la horquilla. Estaba jadeante y sus ojos centelleaban de furia.

—¿Ves a lo que conducen las mujeres? —dijo Mac Millin.

—¡Cállate!

—No puedo callarme. Oye, nos dedicamos a un trabajo peligroso, hemos de despachar a esa chica que llega en el autobús de Columbus.

—¿Y quién dice que no lo vamos a hacer?

—No me gusta trabajar contigo cuando estás en ese estado.

—¿En qué estado estoy?

—Eres un manojo de nervios.

Risco respiró profundamente.

—No te preocupes, estaré bien. Necesito un buen trago.

Frank atrapó el frasco que había en la mesa y, después de desenroscar el tapón, se lo alargó a su amigo.

Risco bebió un, largo trago.

—Anda, muchacho —dijo Frank—. Olvida tus problemas y vayamos de una vez a esa estación de autobuses.

Joe Simpson vio venir, encima el camión de gran tonelaje, a la salida de la curva. Hizo girar el volante con toda rapidez.

El autobús dobló bruscamente hacia la parte derecha de la pista.

Los viajeros salieron despedidos de los asientos.

Sonó un golpetazo cuando la rueda trasera del camión chocó contra un flanco del autobús y éste saltó en el aire y al caer sobre la pista, las ruedas patinaron.

Joe Simpson, después de eludir el choque fatal, hizo girar el volante hacia el otro lado para evitar que el autobús diera una vuelta de campana.

Los viajeros, chocando unos contra otros en el suelo, armaban un terrible alboroto con sus gritos.

Simpson, las manos apretadas sobre el volante, enderezó el vehículo y luego fue aplicando el pie en el pedal del freno.

El coche se fue deteniendo poco a poco y Simpson volvió la cara sudorosa.

—Lo siento, amigos, pero podría haber resultado mucho peor.

Los viajeros se estaban levantando. Algunos hombres ayudaban

a las mujeres.

—¿Algún herido? —preguntó Simpson.

—Aquí —respondió la viajera que ocupaba el asiento catorce.

Simpson se abrió paso palmeando a una niña que tenía un rasguño en la frente.

Un viejo se apretaba los riñones y una señora que debía estar por los setenta años estaba murmurando una oración, con los dedos entrelazados, mirando al techo.

Margie Gaskin estaba tendida en el suelo y Carolyn Gerr le había pasado la mano por la espalda.

—¿Qué ocurre? —preguntó Simpson poniéndose en cuclillas ante ellas.

Margie tenía el rostro crispado.

—Es la pierna derecha —dijo—. Me duele un poco, pero no será nada. Déjeme, señorita Gerr, me podré levantar sola.

Pero cuando se enderezaba, lanzó un grito y desfalleció. Gracias a Carolyn y el conductor del autobús no llegó a caer.

Margie había cerrado los ojos y hacía rechinar los dientes.

—Siéntela —dijo Simpson.

Al sentarse, Margie se estremeció convulsivamente.

Simpson fue a tocar la pierna de la joven pero ésta lo sujetó por la mano.

—¿Qué va a hacer?

—Sólo pretendo tantearla para ver si tiene algún hueso partido... Déjese ahora de mojigaterías. Soy casado y con cinco hijos.

Margie dejó que Simpson la tocara por encima del vestido. Al llegar a la parte de la rodilla lanzó un grito.

—Duele ahí, ¿eh?

El camión con que Joe había chocado se había detenido y sus ocupantes se acercaban al autobús.

Una sirena aulló en la noche.

Joe Simpson tocó otra vez la parte lesionada de Margie y ésta apoyó la cabeza en él asiento.

—Por Dios, no me toque.

—Lo siento, señorita Gaskin, pero me temo que tiene la pierna rota.

El coche de la policía aulló cerca y se detuvo con chirriar de

frenos.

Simpson bajó del autobús.

Los «polis» ya estaban hablando con el conductor del camión y su ayudante.

Carolyn Gerr dio un suspiro.

—Lo siento mucho, señorita Gaskin, pero ya le dije que cambiase de asiento.

—Quiero decirle algo en secreto, señorita Gerr. Efectivamente, soy supersticiosa y, cuando en la estación de autobuses me dieron el número trece, pensé que me iba a ocurrir alguna desgracia.

—¿Por qué no lo dijo? Yo no habría tenido ningún inconveniente en cambiarme por usted...

Margie sonrió.

—Ahora ya no se puede hacer nada.

—Quisiera ayudarla.

—Puede hacerlo. ¿Tiene usted una de esas manzanas de Harry «El Mulo»?

—Claro que sí, todavía me quedan cuatro —la joven atrapó su bolso y eligió la manzana de mejor aspecto—. Aquí la tiene... son riquísimas. —Ella misma la limpió en la manga de su vestido y se la alargó a Margie sonriendo.

Margie tomó la manzana y le clavó los dientes.

Simpson subió al coche seguido de dos policías.

—Señorita Gaskin —dijo el conductor—. Va a ser trasladada a un hospital.

—Oh, no. Puedo seguir viajando en el autobús.

—No diga eso, todavía nos queda más de una hora de camino y ya ve en el estado en que se encuentra. Pleasenville está a unos quince minutos y allí está el hospital de Santa Ana. Los «polis», quiero decir los agentes, se han brindado a llevarla. Irá cómodamente.

Desde allí podrá avisar a sus familiares.

—Les aseguro que puedo continuar el viaje —porfió Margie y trató de enderezarse pero de nuevo soltó un grito y cerró los ojos.

—Vamos, muchachos —dijo Simpson.

Entre él y los dos policías tomaron a la joven.

Carolyn estaba a un lado del corredor observando la escena con aire preocupado.

Margie ya no protestaba.

—Señorita Gerr.

—¿Qué quiere, señorita Gaskin?

Margie estaba en brazos de los tres hombres, Quienes la sostenían cuidadosamente. A pesar de ello, el dolor debía ser muy intenso porque en la frente de Margie se habían formado pequeñas gotas de sudor.

—Señorita Gerr, quiero pedirle un favor.

—Desde luego.

—No acudirá nadie a recibirme en la estación de Columbus pero me harán una llamada... Lo anunciará al altavoz... ¿Querrá usted atenderla?

—Desde luego, señorita Gaskin.

—El hombre que llamará es Max Kipling. Dígale usted lo que ha ocurrido. El señor Kipling sabrá lo que hacer.

—¿Sólo eso, señorita Gaskin? ¿No quiere que llame a otra persona?

—No, gracias, Carolyn. Con eso habrá hecho bastante por mí... Siento causarle estas molestias.

—No diga eso —le sonrió Carolyn—. ¿Se acuerda? Me gusta meterme en la vida de los demás. No puedo remediarlo.

—Eso me recuerda que yo tengo un problema pero me temo que éste no es el momento para decírselo. Hasta, la vista, señorita Gerr. Le deseo mucha suerte en Nueva York.

—Claro que la tendré, Margie. Soy una muchacha que nací con buena estrella... ¿Sabe una cosa? Todo lo que le ocurre a una persona en el mundo es por su bien... Lo único que uno no debe perder es la fe.

—Es un pensamiento muy bonito.

—Puede quedárselo. No es mío sino de Mary «la Culebra».

Uno de los policías hizo un gesto de impaciencia.

—Vamos, muchachos.

Carolyn vio cómo se llevaban a Margie Gaskin, la cual cuando descendía por la portezuela le hizo un saludo con la mano.

—¿No hay ningún otro lesionado? —preguntó Simpson.

Se oyeron murmullos, pero nadie estaba herido de consideración. Algunos viajeros restañaban sus rasguños con el pañuelo.

—Bueno —dijo Simpson—. Vamos a Nueva York.

Carolyn atrapó otra manzana y se sentó en el asiento catorce. Quedóse mirando el de al lado, frunció el ceño, y cambió de lugar, ocupando el asiento número trece.

CAPÍTULO III

Frank Mac Millin sacó un cigarrillo del paquete y, tras encenderlo, miró el reloj que había en la pared frontal. Las saetas marcaban las nueve y dos minutos.

Justo debajo del reloj se encontraba Risco Novak.

No le gustaba aquello de que Risco hubiese sostenido un altercado con Betty aunque fuese por teléfono. Para aquella clase de trabajo se necesitaba tener los nervios serenos.

Es lo que habían demostrado siempre los dos en la realización de su trabajo. Serenidad.

Las cosas deberían hacerse así, sin darle importancia. Matar era como fumarse un cigarrillo. Uno sacaba la pistola, apuntaba a la víctima y le enviaba la rociada de plomo.

Luego, sin perder la calma, se daba la vuelta y uno desaparecía.

Aquella estación de autobuses era magnífica para llevar a cabo una ejecución. Más de cien vehículos llegaban o salían en el término de una hora. La amplia sala donde se encontraban se veía constantemente cruzada por viajeros y gente que venía a acompañar o recibir a alguien. Por añadidura, contaban con grandes puertas. Como siempre, habían robado un coche, lo tenían estacionado a sólo veinte yardas de la última puerta de la izquierda. Sólo necesitarían treinta segundos para llegar al coche y salir corriendo.

De pronto el altavoz dijo:

—Acaba de llegar el autobús procedente de Columbus.

Risco y Frank cambiaron una mirada.

Mac Millin dejó caer el cigarrillo que estaba por la mitad y lo aplastó con el tacón del zapato. Luego metió la mano en el bolsillo de la gabardina. Risco subió el cuello de la suya y también metió las

manos en los bolsillos.

El altavoz anunció:

«Ha llegado por la estación número cuatro el autobús de Filadelfia... Se ruega a la banda de música que ha venido a recibir a uno de los viajeros se aparte del autobús para dejar libre el acceso».

Frank Mac Millin se apoyó en la columna que tenía a su espalda.

Aparecieron unos cuantos viajeros con maletas. Uno de ellos la dejó en el suelo y lanzó un grito al ver a una mujer y dos niños que se dirigían hacia él.

—¡Emma!

—¡Bob...!

El hombre y la mujer se abrazaron y luego Bob se puso en cuclillas y atrapó a los dos niños a la vez estrechándolos contra su pecho.

Frank Mac Millin se maldijo por haber prestado atención a la escena. El no estaba allí para ver sentimentalismos.

Les cuatro canales que comunicaban con la estación escupían ríos de personas.

Mac Millin alcanzó a ver algunas jóvenes. Quizá una de ellas fuese su víctima, pero todas se dirigían hacia la salida. Infiernos. Si Margie Gaskin ignoraba que le iban a hacer la llamada se podría escapar. Bueno. ¿Por qué preocuparse? El patrón, míster x, había hecho un gasto previo de quinientos dólares, y era porque debía haber tomado sus medidas para que ellos pudiesen realizar el trabajo con toda seguridad.

Otras dos jóvenes llegaron por un hueco y se detuvieron, una a la derecha, cerca de la taquilla donde se expendían los boletos para Baltimore. Era una chica morena, esbelta, que miró a su alrededor y, al parecer, no encontró a nadie que la esperase. Entonces dejó la valija en el suelo, abrió el bolso y extrajo el lápiz labial y se puso a retocar su boca.

La otra se había detenido justo enfrente de uno de los altavoces. Era pelirroja, de ojos verdes. Poseía una bonita figura y se cubría con un traje sastre, blusa blanca con lazo azul al cuello. Tenía la valija a sus pies y una bolsa que contenía... ¿qué era aquello, diablos...?

Manzanas. Oh, sí, manzanas. Ahora la chica sacó una de ellas la limpió con la manga y le pegó un mordisco. Frank sintió que la

boca se le hacía agua. No había nada como las manzanas y aquéllas tenían buen aspecto.

Vio que un hombre se dirigía hacia la morena que se remanejaba el lápiz labial. Ella guardó éste precipitadamente y tendió su mano. Los dos se pusieron a hablar. Prestó atención al nombre que él pudiese decir.

—¿Cómo estás, Helen?

No, tampoco era ella, la mujer que debían despachar.

El altavoz anunció la llegada de dos autobuses y la salida de tres.

En la sala se habían reunido más personas que en ningún otro momento, un verdadero maremágnum, gente que entraba y salía.

Frank miró donde se encontraba Risco por encima de las cabezas y lo vio de puntillas mirando hacia él. Frank, para no perderlo de vista.

El hombre del altavoz carraspeó.

«Atención, se ruega a la señorita Margie Gaskin acuda a la cabina número cuatro para atender una llamada...».

Frank había elegido un lugar desde el que podía observar a quienquiera que entrase en las cabinas. Fijó la mirada en la número cuatro.

Vio a la mujer que se movía y se acercaba a la cabina número cuatro. Era la pelirroja de las manzanas.

Risco ya estaba dando la vuelta a la columna para situarse en la otra parte. Miró a Frank y éste le hizo una señal con la cabeza.

La pelirroja había abierto la puerta de la cabina y se estaba introduciendo en ella, lo cual le costaba un poco de trabajo porque quería hacerlo con todo el equipaje.

Mac Millin puso la mano sobre la culata de la pistola y sus cinco dedos se cerraron sobre el bruñido acero.

Carolyn Gerr tomó el auricular.

—¿Sí?

—Margie —oyó una voz varonil.

—Perdone, pero no soy Margie.

—¿Cómo?

—Soy Carolyn Gerr.

—Eh, oiga, ¿qué pasa? ¿Hay una interferencia...?

—No, señor, no hay interferencia.

—Entonces ¿qué hace ahí? Quiero hablar con Margie.

—Soy yo, quiero decir que ocupo su lugar.

—Eh, oiga, ¿qué lío es éste?

—Lo comprenderá en seguida, señor Kipling.

—¿Cómo sabe mi nombre?

—Margie me habló de usted. Verá, hubo un accidente...

Fuera de la cabina, Frank Mac Millin cambió una última mirada con Risco. Los dos empezaron a sacar la mano con la pistola. De pronto se interrumpieron al ver al hombre que se interponía entre ellos y la cabina donde estaba la pelirroja.

Frank soltó una imprecación para sus adentros. ¿Por qué aquel imbécil se quedaba allí? Y parecía estar mirando hacia la cabina donde estaba la mujer que ellos debían liquidar.

El hombre se volvió bruscamente y Frank Mac Millin apartó la mirada para no encontrarse con la del desconocido, pero luego lo observó por el rabillo del ojo. Era un tipo de unos veintisiete a veintiocho años que vestía traje a rayas, camisa negra, corbata de lazo rojo y sombrero de ala corta color gris. Su cabello era rubio, las mejillas un poco hundidas. Ya no pudo ver más porque el tipo giró sobre sus talones dándole otra vez la espalda.

Sintió que alguien tiraba de su manga y se volvió sobresaltado. Era Risco.

—¿Qué hacemos?

—Espera un poco.

—¿A qué tenemos que esperar? Deberíamos hacerlo aquí.

—¿No ves que está un fulano delante?

—Bien. Yo lo apartaré.

—¿Cómo?

—Llevándolo hacia la otra parte. Le contaré cualquier historia.

—No puedes hacer eso. Te vería la cara.

—Quedamos en que lo haríamos aquí.

—Y lo haremos. Ella tiene que salir de la cabina. No se quedará a vivir ahí dentro.

Vuelve a tu sitio.

—Está bien —dijo Risco malhumorado. Y caminó hacia el lugar que le correspondía.

En la cabina Carolyn terminó de contar su historia.

—Así que, ya lo sabe, señor Kipling, Margie Gaskin se encuentra

en el hospital de Santa Ana, en Pleasenville.

Oyó que el hombre de la otra parte colgaba bruscamente sin despedirse.

Carolyn emitió un gruñido mirando el micro y finalmente ella también dejó el auricular en la horquilla.

Abrió la puerta de la cabina tomó su valija y el bolso de mano y salió.

—Perdón, señorita —oyó una voz.

Vio a un hombre que le sonreía. Era una sonrisa simpática en un rostro varonil de ojos azules, y nariz recta.

—¿Me permite que la ayude?

—¡Oh, es usted muy amable!

—No tiene importancia. Le he visto con demasiado peso y yo justamente me dirijo a la salida.

—¿Quizá vino a esperar a alguien y no llegó?

—Oh, no señorita...

—Carolyn Gerr.

—Iba a viajar con el autobús que salió hace un momento para Trenton, en Nueva Jersey, pero llegué tarde.

—¡Oh, qué pena!

—No se preocupe. Volveré dentro de un par de horas. ¿Toma algún taxi?

—Sí.

—Muy bien, la acompañaré hasta la playa de estacionamiento.

—Muchas gracias señor...

—Robbins. Dawson Robbins —dijo el rubio y tomó la valija de ella.

Frank Mac Millin estaba lleno de ira. Su mano apretaba con fuerza la pistola que debía haber utilizado. ¿Quién era aquel estúpido? Naturalmente un amigo de ella pero ¿por qué míster x, no había previsto aquella contingencia? ¿O sí lo habría tenido en cuenta?

En ese caso tenía que haber dos muertos, pero míster x, sólo había hablado de una víctima, de aquella pelirroja llamada Margie Gaskin.

Miró a Risco y lo vio también desconcertado.

Frank le hizo una señal con la cabeza y se acercó presuroso hacia los dos jóvenes que habían emprendido la marcha.

—¿Conoce Nueva York, señorita Gerr? —preguntó el de la corbata de lazo.

—No, no he estado aquí nunca.

—Le gustará... ¿No vino a esperarla nadie?

—No, señor. No tengo ningún familiar en Nueva York. Me dirijo a casa de un amigo que tiene un bar: Quizá lo conozca. Es George Plum. Su establecimiento está en la calle Séptima.

—Perdone, señorita Gerr, pero no conozco a todos los dueños de bares de Nueva York.

—Oh, sí, qué tonta soy... He oído decir que esta ciudad es enorme.

Frank Mac Millin se detuvo un instante para dar oportunidad a que Risco se le acercase.

—¿Qué ocurre? —preguntó.

—Es un entrometido. No la conoce.

—Ya entiendo, un lobo que quiere hincar los dientes en la ovejita. Imagino que sólo la acompañará hasta el taxi.

—Es lo que yo también pienso. Lo haremos entonces.

—Supón que no podemos.

—Dispararemos sobre ella durante el camino. El destino de la muchacha es la calle Séptima, el bar de un tipo llamado George Plum.

—No puede escaparse, pero hagámoslo cuanto antes, Frank. Tengo que volver con Betty.

—¿Otra vez Betty...? Ya sabía que ella nos traería complicaciones.

Carolyn Gerr se detuvo a la salida de la estación.

—¿Dónde están los taxis?

—A la derecha. —Llovía otra vez con fuerza—. Hagamos una carrera, Carolyn —la tomó del brazo—. Vamos allá.

Ella resbaló en el pavimento y estuvo a punto de caer, pero él la sujetó férreamente contra sí.

—Dios mío —rió Carolyn—. Estaría bueno que también me hubiese roto una pierna.

—¿También?

—Sufrimos un accidente en el autobús y la viajera que venía a mi lado se quebró una pierna...

El rubio levantó el brazo hacia los taxis.

—¡Eh, aquí!

El primer coche arrancó yendo a su encuentro.

Frank Mac Millin y Risco Novak metieron las manos en el bolsillo donde tenían la pistola.

Ahora aquel rubio entrometido sostendría la puerta mientras la joven entraba en el coche. Sería un blanco seguro.

—¡Ya Risco! —dijo Frank.

Risco sacó la pistola, pero se quedó con ella en la mano al ver que el rubio de la camisa negra se interponía de nuevo entre ellos y su víctima.

—¡Lo liquidaré a él primero y luego a ella!

—No, estúpido —dijo Frank y abandonó su pistola para atrapar la mano de su compañero.

—Déjame. Ese imbécil nos está aguando la fiesta.

—Sabemos dónde está ella, maldita sea. Tenemos, tiempo. Vamos al coche.

Carolyn Gerr tomó la valija que Dawson Robbins le alargaba.

—Gracias, señor Robbins. Ha sido usted muy amable.

—No hay de qué, Carolyn.



El hombre a quien pertenecía la mano lanzó un aullido

2 - Intrusión

—Espero quedar empleada en el local de Plum, de modo que si algún día pasa por allí...

—Oh, sí, calle Sexta.

—Séptima. Bar de George Plum.

—Desde luego. Lo retendré en la memoria.

—Ande, márchese, se está mojando.

—Ha valido la pena —dijo Robbins enseñando una dentadura radiante.

Cerró la portezuela, se quitó el sombrero e hizo una pequeña reverencia, Carolyn dio un suspiro.

—Qué chicos más galantes hay en Nueva York.

El conductor volvió la cabeza. Era un tipo chato de ojos separados y labio inferior que se elevaba hacia arriba mostrando dos paletas que le daban un aspecto ratonil.

—¿A dónde, señorita?

Carolyn le dio la dirección y el conductor sacudió la cabeza poniéndose en camino.

—¿Es usted neoyorquino, señor? —preguntó Carolyn.

—Mitad y mitad.

—¿Qué quiere decir con eso?

—Mis padres pasaron la noche de bodas en un hotelucho de Brooklyn. Luego, a los tres días, mi padre abandonó a mi madre y se largó no sabemos dónde con una corista.

Entonces mamá se fue a un pueblo de Massachussetts con su abuela y fue allí donde yo vine al mundo.

—Qué triste.

El taxista volvió la cabeza.

—¿Quién se queja?

—Me alegra que lo haya tomado así. Perdone.

El chofer volvió a mirar hacia delante y al poco rato se puso a canturrear una canción.

—Eh, señorita, se ve que hizo una conquista.

—Oh, sí, se refiere al señor Robbins. Tenía buen aspecto, ¿verdad? Qué elegante...

—No me refería a ese fulano sino a los dos que vienen en el coche que nos sigue.

Carolyn miró por la ventanilla trasera y vio efectivamente un coche cerca de ellos.

—Debe ser el señor Dawson que ha cambiado de opinión y quiere acompañarme hasta el local de George Plum.

—No, no es el elegante.

—¿Cómo lo sabe?

—Oiga, soy conductor de taxi y tengo buen ojo. Su fulano no entró en el coche. Se largó a patita al lado opuesto por el que

nosotros salimos de la terminal.

—Entonces, ¿quiénes son?

—¿Y me lo pregunta a mí? Seguramente dos tipos a los que usted llamó la atención durante el viaje o en la misma estación.

—Caramba, qué éxito —sonrió la joven—. Tres en un momento.

—Quizá su porvenir esté en el teatro... Eh, se adelantan. Eso es un poco raro.

—Querrán verme de cerca.

—Pues les voy a hacer sudar un poco —dijo el taxista y apretó a fondo el acelerador.

El vehículo dio un salto y Carolyn se golpeó en el respaldo del asiento.

—Eh, ¿qué hace?

—Está en las carreras, nena.

—No puede hacer eso. Si esos hombres quieren verme, ¿por qué se lo va a quitar de la cabeza?

—Si sudan un poco para alcanzarla la atraparán con más ganas.

—A mí no me atrapa nadie, ¿o es que cree que soy una cualquiera? Sepa que soy de los Gerr, de Templetown. En mi familia hay un inventor de aparatos culinarios, un predicador y mi abuelo, William Gerr, colaboró durante cinco años en «El Centinela de Templetown».

El taxista se llevó la mano a la gorra.

—Perdón, duquesa, no sabía que una persona de tanta calidad me honraba con su presencia.

Carolyn miró por la ventanilla.

—Los ha dejado muy atrás.

—Aunque no lo crea, una vez me hicieron una proposición para que corriese con bólidos. Esos tipos no me alcanzarían nunca, se lo puedo asegurar.

—Pero yo quiero que nos alcancen.

—Es coqueta, ¿eh?

—Le prohíbo que me hable en ese tono.

—Dispense otra vez, duquesa. Ya estamos llegando.

Estacionó suavemente junto al bordillo de la acera.

Carolyn vio por los cristales el anuncio de neón. «Bar Plum».

—Oh, es maravilloso.

—¿Maravilloso? Desde aquí noto el mal olor. Debe ser un corral

de vacas.

La joven fue a protestar pero finalmente cerró la boca con fuerza.

—¿Qué le debo?

—Un dólar setenta y cinco. Dos dólares si incluye la propina.

—¿Por qué he de incluir la propina?

—Sólo era una sugerencia, duquesa.

La joven abrió su bolso y buscó el monedero. Dio un respingo. Empezó a tantear. El monedero no estaba allí.

—¡Oh! —exclamó y abrió el bolso totalmente mirando el interior.

Sacó una manzana, otra, volcó el contenido sobre el asiento...

—¡Dios mío, mi monedero!

El taxista se volvió echándose la gorra sobre la cara.

—No me diga que lo perdió.

—No lo encuentro.

—Bueno, pero tendrá dinero en otro sitio.

—Ni un solo centavo. Todo cuanto me quedaba lo llevaba en el monedero.

—Qué gran noticia. Ande, mire por el piso.

Carolyn se agachó bruscamente sobre el asiento para mirar a sus pies.

Justo en ese instante sonaron unos suaves estampidos y los cristales de la ventanilla crujieron.

Un coche pasaba a toda velocidad por el lado del taxi y luego el ruido del motor se fue perdiendo a lo lejos.

Carolyn se levantó después de haber buscado en el piso.

—Eh, oiga, aquí no lo encuentro. —Se quedó perpleja al no ver al conductor—. Eh, taxista, ¿dónde se ha metido?

Vio como poco a poco emergía por el asiento delantero la gorra ligeramente ladeada, la cara blanca como el yeso.

—No tengo dinero.

—Oiga, señorita, ¿quién es usted realmente?

—Carolyn Gerr, de Ohio.

—Pero... pero..., esos hombres han intentado asesinarla.

—¿De qué está hablando? —La joven miró los cristales. En uno de ellos, el que estaba a la izquierda, había dos agujeros—. Dios mío, ¿qué significa esto?

—Los dos hombres que nos seguían en el coche pasaron junto a nosotros y le enviaron una rociada de balas.

—¿A mí...? Oh, no puede ser. Pero si yo no conozco a nadie en Nueva York...

—La querían matar.

—Se equivoca. Le repito que acabo de llegar a esta ciudad. Nunca estuve antes en ella.

¿Cuál es su nombre?

—Calder, Dick Calder.

—Señor Calder, me temo que está usted metido en algún lío.

—No diga eso —gimió el taxista.

—Si esos hombres dispararon, lo han hecho contra usted.

—Oiga, señorita Gerr, ¿quiere aceptar un consejo? Métase en el local de Plum y llame a la policía. Dígales que han intentado asesinarla, pero por favor baje del coche.

—Aún no le he pagado.

—No se preocupe, corro con los gastos.

—Entonces, ¿me invita?

—Sí, señorita Gerr.

—Pero no lo puedo consentir... Usted tiene que ganarse la vida, tiene derecho a cobrar.

Baje conmigo y hablaremos con el señor Plum. El me abonará los dos dólares a cuenta de mi trabajo.

—Cuando yo hago una invitación la sostengo, señorita Gerr. Ande, por favor, ¿quiere bajar ya?

—Bueno, si usted lo desea así... —La joven se quedó con la boca abierta—. Eh oiga, ya lo sé.

—Ahora ya sabe porqué la quieren matar.

—Olvídese de eso. Me refería al hombre de la camisa negra y la corbata de lazo... ¡Era un ladrón...! ¡Fue él quien me robó el monedero!

—¿Lo ve señorita Gerr? Necesita a la policía... La necesita con urgencia... Hágame caso y acuda a ellos.

La joven apretó los dientes.

—¿No conocía a Dawson Robbins?

—¿Cómo quiere que lo conozca? Yo no conozco a toda Nueva York —contestó Calder que cada vez estaba más nervioso.

—¡Daré con él...! ¡Juro que daré con él!

—Sí, señorita Gerr, pero si se queda aquí, me temo que no podrá encontrarlo nunca.

Apenas tuvo tiempo de tomar sus valijas porque Dick Calder, cuando se vio sin la viajera, puso en marcha el coche y se alejó de allí como si fuese a ganar las mil millas de Indianápolis.

CAPÍTULO IV

Willy Drayman entró en su cabaña y dio la luz, pasando luego el cerrojo.

Despojóse del sombrero y lo arrojó sobre la percha donde quedó colgado.

Empezó a vaciar los bolsillos sobre la mesa. Dos relojes, un monedero y una cartera.

No había estado muy acertado en los relojes, le darían poco por ellos. Abrió la cartera.

Dentro había ochenta y cinco dólares. El monedero contenía quince dólares. Bueno, no era un mal botín.

De pronto llamaron a la puerta.

Tomó lo que había sobre la mesa y se acercó a la pared, pegó un puntapié en un tablón y éste giró sobre un eje, apareciendo un hueco. Willy dejó caer por la parte superior del agujero la cartera, el monedero y los dos relojes. Luego apartó el pie e instantáneamente el tablón recuperó su posición normal. A simple vista, parecía ensamblado con los demás que formaban la pared.

Willy se llegó a despasar el cerrojo.

De pronto la puerta se abrió de golpe y la joven que había conocido en la estación penetró en la estancia soltándole un empellón que le envió contra la mesa.

—Eh, señorita Gerr, ¿qué le pasa?

Carolyn puso los brazos en jarras. Sus ojos parecían dos ascuas de fuego.

—Conque usted era el hombre que me quería ayudar...

—Desde luego, señorita Gerr...

—Hasta se ofreció a acompañarme hasta el taxi... Y tuvo el cinismo de agregar cuando se despedía que había valido la pena...

¡Claro que la había válido! ¡Me limpió el monedero!

Willy se pasó la lengua por los labios.

—Pero, señorita Gerr, no le comprendo...

—¡Me comprende perfectamente!

—¿Cómo llegó aquí?

—No es asunto suyo. ¡Lo importante es que estoy en esta cabaña y que he venido a que me devuelva el monedero!

—Es usted muy valiente por venir aquí. Es un lugar inseguro, donde vive gente que no es de fiar.

—¿Y lo dice usted...? Qué gracioso. ¿Le salen tan bien todos los chistes?

—Es muy simpática, señorita Gerr.

—¡Oiga, no empiece a adularme! ¡No va a adelantar nada!

—Le aseguro que no le comprendo una sola palabra, Pero no se ponga nerviosa, señorita Gerr. Analicemos la cuestión. La conocí en la Terminal de autobuses. Según dice, le desapareció el monedero y usted cree que yo... —se interrumpió—. Oh, señorita Gerr, ¿de veras ha pensado que yo puedo ser un... un ladrón?

Ella entornó los ojos.

—¿Sabe lo que le digo? ¡Que es usted un comediante! Pero esta vez su arte no le va a servir para nada. ¡Quiero el monedero con mis quince dólares!

—Señorita Gerr, parece una de esas mujeres que sólo tienen ideas fijas. Su monedero y sus quince dólares... ¿Qué culpa tengo yo si lo perdí?

—¿Eh?

—No puede acusar a un hombre honrado. No puede destruir su honorabilidad simplemente porque usted haya perdido su monedero. ¿Cree que es justo? —Willy dio una vuelta a la mesa, mientras proseguía—: Hasta es posible que haya llamado a la policía... ¿Qué va ser de mí? Ande, dígalos.

—No he llamado a la policía.

—Menos mal. Mi reputación se resentiría mucho... Pero habrá pregonado a los cuatro vientos que soy un ladrón. Ande, niéguelo. Lo ha dicho. Seguro —la señaló con el dedo—. La desafío a que lo desmienta.

La joven lo miró con los ojos llenos de ira.

—Por un momento me había llegado a engatusar otra vez.

—¿Qué dice?

—Sí, me había llegado a engatusar, Willy Drayman ¡Sí hubiese sido honrado no me habría dado el nombre de Dawson Robbins!

—Conque es eso lo que tiene contra mí, haber utilizado un nombre que no era el mío.

Muy bien, le daré la respuesta. No me gusta que nadie me deba favores y por eso, cuando hago alguno, utilizo un nombre falso.

—¡No me crea tan ingenua, señor Drayman! ¡Todavía hay otras cosas!

—¿Qué cosas?

—George Plum lo identificó.

—¿Qué quiere decir con eso?

—Le conté al señor Plum lo que había ocurrido y le di la descripción de usted.

Inmediatamente supo quién era. ¡Willy Drayman!

Carolyn estaba al lado de la ventana y se movió hacia Willy.

En ese momento sonó un débil estampido fuera y el cristal de la ventana saltó hecho añicos.

Willy saltó sobre la joven y atrapándola por el brazo dio un tirón de ella arrojándose al suelo.

Carolyn lanzó un grito al venirse abajo con Drayman.

Los dos quedaron abrazados en tierra.

—¿Es que se trajo a la policía?

—No.

—Han hecho un disparo. Rompieron el cristal de la ventana.

—Debe ser alguien a quien usted también ha hecho un favor y viene a agradecérselo, señor Drayman.

—Cállese y quédese ahí.

Willy gateó por el suelo de la cabaña y se llegó hasta la puerta. Levantóse de un salto y apagó la luz.

—Eh, ¿qué hace? —dijo ella.

—Punto en boca, si no quiere que nos asen.

—No tengo nada que ver con sus cuestiones personales, señor Drayman. —¿Le siguió alguien desde el bar Plum?

—Claro que nadie me siguió. El señor Plum quería quitarme de la cabeza que me llegase aquí pero yo le dije que no estaba dispuesta a perder mi dinero y le pedí tres dólares prestados para pagar el taxi. Podía haber elegido otro lugar para vivir, señor

Drayman.

—La vida, señorita Gerr. Y ahora, cálese de una vez o el tío que hay fuera terminará por cazamos.

—Singularice, señor Drayman.

—Cierre el pico.

Guardaron silencio durante un rato.

—Eh, señor Drayman.

—¿Qué pasa ahora?

—¿No tiene pistola?

—No.

—Me decepciona mucho.

—Nunca he usado pistola, aunque sé manejarla...

—Oiga, ahora estoy recordando una cosa.

—¿El qué?

—¿Dice usted que han disparado desde fuera? ¿No habrá sido que han tirado una piedra?

—Le aseguro que fue una bala lo que entró por esa ventana.

—Dios mío, ¿será cierto? Es la segunda vez que lo intentan... ¡El taxi...! ¡El otro coche...!

¡Los estampidos! ¡Eran balas...! ¡No querían matar al conductor...! ¡Me querían matar a mí!

—Bravo, señorita Gerr, empezamos a entendernos. ¿Quién quiere matarla?

—No lo sé.

—No sea modesta. Diga la verdad. ¿Quién es usted?

—Carolyn Gerr.

—Eso ya lo sé. Llegó de un pueblo, pero ahora quiero que me diga su verdadera identidad. ¿Quién es? ¿La amante de un «gángster» famoso? ¿Forma parte de alguna pandilla que asaltó un Banco y posee el secreto de donde se encuentra el botín?

—¿Qué tonterías está diciendo?

Willy oyó el crujido de un madero. Siseó con los labios para imponer silencio.

—Están ahí fuera.

Oyó un segundo crujido. El primero correspondía al escalón del porche y lo que había crujido ahora era el primer tablón después de subir la escalera. Lo tenía dispuesto así para anunciarse las visitas.

El hombre se estaba acercando a la puerta.

De repente, oyó chirriar otra vez el escalón.

Eran dos los tipos.

—¡Dios mío! —exclamó Carolyn—. ¿Qué va a pasar ahora?

Drayman no contestó para que no lo pudiesen localizar.

Oyó una respiración a través del hueco de la ventana. Se estaba acercando un hombre.

Comprendió que el tipo vería a Carolyn porque una hebilla dorada del zapato femenino lanzaba destellos.

Interrumpió el resuello mientras se incorporaba poco a poco, cuidando que su cuerpo no rozase contra la pared para hacer el menor ruido.

Una mano apareció por el hueco. Estaba provista de una pistola.

Willy se lanzó sobre la muñeca y, atrapándola, tiró hacia abajo.

El hombre a quien pertenecía la mano lanzó un aullido de dolor y dejó caer el arma.

Willy tenía en cuenta que había otro hombre que podía utilizar su pistola.

Soltó su presa y alcanzó la pistola que había caído en el suelo.

En ese momento el hombre que estaba fuera retiró el brazo por el hueco de la ventana.

—¡Se quedó mi pistola dentro! —gritó dolorosamente con los dientes apretados.

Se oyeron carreras precipitadas.

Willy se puso en pie de un salto y se lanzó sobre la puerta, abrió de un tirón y en ese momento se produjo un fogonazo desde la otra parte del jardín.

La bala golpeó contra la hoja de madera.

Hizo fuego a su vez, pero se dio cuenta de que no había dado en el blanco.

Cruzó el porche de dos saltos y salió al camino como una exhalación, pero al llegar a la verja oyó la carrera de los dos hombres que huían hacia la parte del río.

Se lanzó en pos de ellos pero su pie golpeó contra una piedra y cayó en el suelo.

Incorporóse lanzando maldiciones y en ese momento oyó el ronquido de un motor y el chirriar de unos neumáticos.

Ya no podía hacer nada.

Respiró profundamente y, dando media vuelta, regresó a la

cabaña.

La habitación estaba sumida todavía en la oscuridad y dio vuelta al conmutador de la luz.

La joven estaba a gatas observando el escondite, cuyo tablero había girado sobre su eje. La vio introducir la mano y sacar su monedero.

—Conque no era usted, ¿eh?

—¿Cómo lo ha conseguido?

—Golpeé sin querer con el tacón del zapato en el tablero y me di cuenta de que sonaba a hueco.

Se puso en pie exhibiendo uno de los relojes y su monedero.

—Bonita profesión la suya, señor Drayman.

Willy cerró la puerta y se quedó apoyado en la pared, sopesando la pistola de que había despojado al asesino.

—Es usted una chica genial, Carolyn. Lanza sobre mí a unos asesinos que sólo quieren cobrar su piel y luego me echa en cara que me haya apoderado de quince insignificantes dólares. Vamos, muchacha, un poco de seriedad.

—Eh, ¿qué es lo que imagina?

—Ha admitido que esos tipos querían matarla y que ya lo intentaron otra vez mientras viajaba en el taxi.

La muchacha arrugó el ceño.

—Pero no lo comprendo. ¿Por qué han de querer matarme?

—Quizá para apoderarse de sus joyas.

—No poseo joyas. El broche que llevo en la solapa me costó dos dólares, y uno noventa y cinco los pendientes...

—Sus tierras... El presunto heredero la liquida y el tipo se convierte en rico de la noche a la mañana.

—Pero señor Drayman, no tengo tierras... Ni un solo acre. Se lo puedo jurar. Trabajaba en Templetown como bibliotecaria. Mi sueldo era de doscientos cincuenta dólares mensuales.

—¿No tiene familia en Templetown?

—He vivido con tía Ethel desde que quedé huérfana, hasta el año pasado en que murió.

Entonces sus acreedores se quedaron con la casa y yo me tuve que ir con la señorita Paula, la profesora de francés. No nos llevábamos muy bien, de modo que cuando me despidieron de la biblioteca pensé que nada hacía en Templetown y decidí venir a

Nueva York. Pensé que George Plum podría darme un empleo.

—¿Por qué George Plum?

—También él hace ocho años se marchó de Templetown y se vino a esta ciudad donde puso un bar. Las cosas no le han ido muy bien, pero me ha prometido que podré trabajar allí como camarera.

—Dice usted que trabajaba en la biblioteca de Templetown. Oiga, ¿por casualidad no se habrá enterado de algún secreto importante...?

—Oh, no.

—Quizá algún químico o un sabio atómico le hizo confidente de algún invento.

—En Templetown no hay ningún sabio y el único químico es el señor Smith. Estuvo a punto de hacer saltar el pueblo por los aires cuando se puso a trabajar en su laboratorio para conseguir una bomba especial. No, señor Drayman. Le aseguro que nadie me ha hecho confidente de ningún invento.

—¿A quién conoce en Nueva York?

—Sólo a George Plum... aparte de usted.

—¿Está segura?

—Claro que estoy segura.

—Entonces, cuando entró en la cabina de la Terminal, usted llamaba a George Plum para anunciarle su llegada...

—No, no llamaba a George Plum, sino a Max Kipling.

—Oiga, pequeña, ¿por qué se contradice? Sólo conoce en Nueva York a George Plum y a mí, y ahora aparece un tal Kipling.

—No conozco a Max Kipling. En mi vida lo he visto... Ni siquiera lo llamé. Fue él quien me llamó a mí, quiero decir a Margie Gaskin, una muchacha que viajaba conmigo en el autobús y que se rompió la pierna cuando estuvimos a punto de chocar contra un camión.

Los dos se quedaron mirando a los ojos. Poco a poco en el rostro de Carolyn fue apareciendo una expresión de estupor.

—¡Dios mío! El altavoz dijo que Margie Gaskin debía acudir a la cabina número cuatro para atender una llamada y yo fui en lugar de ella.

—Pero los hombres que estaban allí no conocían a Margie y al introducirse usted en la cabina la confundieron con ella.

—¡Es a Margie Gaskin a quien querían asesinar!

—Magnífica conclusión, Carolyn. Esos tipos seguirán queriendo matarla mientras el hombre que les paga no los ponga al corriente de lo que ocurre.

—¿El hombre que los paga...?

—Sí, Carolyn. Detrás de esos dos tipos hay alguien. Eso está claro como el agua. Esos fulanos son asesinos a sueldo. Ellos cobran por su trabajo, lo llevan a cabo y se ponen a esperar otro cliente. ¿Dónde está Margie Gaskin?

—Se quedó en el Hospital de Santa Ana en Pleasenville. Hemos de avisar a la policía, señor Drayman.

Will arrugó la nariz.

—¡«Polis»...! Tal como están las cosas no tendremos más remedio. Qué se le va a hacer...

Andando, Carolyn.

CAPÍTULO V

El capitán de policía Barney Courtney cogió uno de los tres teléfonos que había sobre su mesa al oír la campanilla.

Pero no era ése el bueno, ni tampoco el segundo como pudo comprobar.

Apenas se llevó el tercer auricular al oído, identificó la voz de su mujer.

—¿Dónde estabas, Barney?

—¿Dónde quieres que esté? En mi despacho, Elsie ¡Y no me he movido de aquí en todo el día!

—Te llamo para avisarte que Ronald Kelly llamó para invitarnos a cenar mañana.

—¡Elsie! Imagino que habrás tenido el buen sentido de negarte.

—¿Por qué había de negarme, querido? Son unas personas la mar de amables.

—Elsie, tú ya conoces mi antipatía hacia esas personas. ¡No puedo soportarlos!

—No sé por qué has de sentir animadversión hacia un matrimonio tan simpático.

—Son horriblemente pesados, Elsie, y estoy seguro de que mañana, de sobremesa, nos colocarán por sexta vez la historia de cómo su hijo Warren ganó la medalla de Servicios Distinguidos en Okinawa.

—Resulta delicado por su parte rememorar el heroico episodio de su hijo.

—Sí, Elsie, pero me fastidia cuando recuerdo que nuestro hijo Eugene, por aquellos tiempos, prestaba sus servicios a la patria en una oficina de Washington. ¡Lo hacen para quemarme la sangre...! ¡No quiero ir a casa de los Kelly! ¡No quiero!

—Iremos, Barney Courtney, ya puedes estar seguro de ello —dijo Elsie y colgó.

Barney miró el auricular rascándose la cabeza con la mano libre. Y hallábase en esa posición cuando llamaron a la puerta y entró el inspector Cecil Straker.

—Capitán, ¿a qué no sabe quién está aquí?

—Ronald Kelly.

—¿Quién es ése, capitán?

—Olvédelo, Cecil. Estoy un poco nervioso —repuso Courtney y dejó el auricular en la horquilla—. ¿A quién se refiere?

—Willy Drayman en persona.

—¿Willy Drayman, alias «El Tentáculos»?

—Sí, señor.

—¿Quién lo detuvo?

—Nadie, señor. Ha venido por su propio pie.

—No me diga que ha venido a entregarse.

—Oh, no, capitán, Solicita ayuda de la policía.

El capitán Courtney pegó un salto poniéndose en pie.

—Cecil, ¿está borracho?

—Yo tampoco lo hubiese creído, capitán. Pero lo he visto con estos ojos que se ha de tragar la tierra. Está ahí fuera. No ha venido solo. Le acompaña una pelirroja bastante potable.

—¡Cecil!

—Perdón, señor. Uno a veces no puede evitar los comentarios.

—¿Para qué quiere Willy nuestra ayuda?

—Ha dicho que sólo se lo dirá a usted.

El capitán Courtney se frotó las manos.

—Éste es un gran día, Cecil. Sí, señor, un gran día.

—Ya sé que nunca ha conseguido meter mano a Willy. Y le he oído decir muchas veces que daría algunos meses de su pensión por ajustarle las cuentas...

—Por favor, Cecil, diga a ese pulpo que puede pasar.

—Sí, señor.

Cecil salió y el capitán ocupó su sillón. Subióse el nudo de la corbata y apoyó los codos en el borde de la mesa, adoptando una actitud resuelta.

La puerta se abrió dando paso a Carolyn Gerr y a Willy Drayman.

Barney Courtney tuvo la impresión de que el corazón le empezaba a marchar más aprisa. Conocía sus propias reacciones y eso quería decir que la ira se apoderaba de su cuerpo. El motivo era obvio. Aquel tipo, Willy Drayman, le destrozaba los nervios, convirtiéndoselos en rotas cuerdas de violín. Hizo un esfuerzo por serenarse.

—Hola, Willy. Justamente pensaba en ti esta mañana.

—Qué coincidencia, capitán. Yo también pensaba en usted.

—Sólo quería preguntarte si sabías algo relacionado con un tipo llamado Isaac Anderson. Esta mañana, cuando llegó a su oficina, echó a faltar la caja de caudales... Se había volatilizado... No habían dejado huella, ni en el piso ni en ninguna otra parte, y la caja pesaba quinientos kilos.

—Capitán, eso debe ser cosa de magia.

Barney sintió que aumentaba su presión.

—Si tuviese la menor sospecha de que estás relacionado con eso, te juro que...

—Pero capitán, usted sabe que yo no hago esas cosas... Si le parece, pasaremos al motivo de mi visita.

Le presento a la señorita Carolyn Gerr. Carolyn éste es mi buen amigo el capitán Barney Courtney.

Barney enseñó unos dientes de lobo, pero tuvo que sonreír a la señorita Gerr y estrechar la mano que ella le alargaba.

—Es usted muy joven, capitán.

Barney, que estaba por los sesenta años, se esponjó dulcificando la sonrisa.

—A propósito, capitán —intervino Willy—. ¿Qué sabe de su nieto? ¿Lo llamaron ya al ejército?

Barney lo fulminó con la mirada.

—Sólo tiene siete años, Willy.

—Perdón, capitán. El tiempo pasa muy aprisa, pero no tanto como cree la gente.

—¿Qué puedo hacer por ustedes?

—Cuéntele la historia, Carolyn.

Barney señaló los sillones que había frente a su mesa.

A continuación, Carolyn contó la aventura que había protagonizado a partir del momento en que sobrevino el accidente del autobús. No incluyó el capítulo en que aparecía Willy

atrapándole su monedero. Lo modificó ligeramente explicando que había conocido a Willy cuando éste se dirigió a ella para ayudarle a transportar su valija a un taxi, agregando que Willy le había dado su dirección y que cuando ella sufrió el primer atentado acudió a la cabaña del joven en busca de ayuda.

Cuando hubo terminado con el segundo intento de asesinato, y el consejo de Willy de que acudiese a la policía, en el despacho reinó un silencio.

Barney había escuchado atentamente, sin hacer una sola interrupción. Ahora habló por primera vez.

—Perdone, señorita Gerr, pero su historia me parece una de las más fantásticas que me han contado a lo largo de mi vida.

—Tiene una virtud, capitán. Es cierta.

—Permítame que haga las comprobaciones pertinentes.

Willy hizo un gesto con la mano.

—Claro que sí, capitán. Está en su perfecto derecho.

Courtney descolgó el auricular más cercano a él.

—Telefonista, quiero que me dé comunicación con el hospital Santa Ana de Pleasenville. —Mientras esperaban obsequió con una sonrisa a la señorita Gerr—. ¿Hospital de Santa Ana? Aquí el capitán Barney Courtney, de la Jefatura de Policía de Nueva York... Esta tarde, alrededor de las siete y media, el autobús que cubre el itinerario entre Columbus y Nueva York sufrió un accidente cerca de esa ciudad. Una viajera resultó lesionada. Margie Gaskin... ¿Sí? ¿Cómo? —El capitán escuchó por espacio de unos minutos—. Dígame la dirección. Muchas gracias, señorita.

El capitán colgó.

—Eh, capitán —exclamó Carolyn—. ¿Es que no ha hablado con Margie?

—No, señorita Gerr, no he hablado con Margie.

—¡Pero no hemos oído siquiera que le haya puesto al corriente de que la buscan para asesinarla!

—La señorita Gaskin no se encuentra en el Hospital de Santa Ana.

—¡Ya la han matado!

—No, señorita. Margie Gaskin abandonó el hospital de Santa Ana alrededor de las nueve de esta noche. Un amigo suyo, Max Kipling, se llegó allí para trasladarla a Nueva York.

—¡Max Kipling puede ser el asesino! ¡Se lo he dicho antes, capitán! ¡Fue él quien hizo la llamada en la estación Terminal!

—Serénese, señorita Gerr. En primer lugar debo de anunciarle que Margie Gaskin no tenía ninguna pierna rota. Se le hizo una radiografía en el hospital y sólo se le encontró una ligera luxación. En segundo término, Margie Gaskin abandonó el hospital por su propia voluntad. Por último, la señorita Margie Gaskin se encuentra a estas horas en nuestra ciudad en casa de sus tíos Spencer y Dorothy Hutton, que residen en la Quinta Avenida. Allí ha sido trasladada por ese amigo suyo, el asesino, como usted le llama, Max Kipling... Y ahora, señorita Gerr, si me lo permite... ¡Tengo mucho que hacer!

—¡Capitán, van a matar a esa mujer! ¡Es posible que a estas horas sea ya cadáver!

—Son fantasías tuyas, señorita Gerr. Lo siento, pero me parece usted una mujer con gran capacidad para imaginar cosas que sólo existen en su mente.

—¿Va a decir que las balas que enviaron al taxi donde yo viajaba son una invención más?

—Señorita Gerr, no se ha recibido denuncia alguna de que un taxi haya sido baleado esta tarde.

—¡Pues búsquelo! El taxista estaba muy asustado. Quizá tema las represalias.

—Muy sensato —intervino Willy.

—¡Cállate, Willy! —ordenó el capitán.

—Señor Courtney, puedo dar fe de que la bala que rompió los cristales de mi ventana fue disparada por un hombre de carne y hueso, no por un fantasma. Y el proyectil fue disparado contra Carolyn Gerr porque su agresor la confundía con Margie Gaskin...

—En muchas ocasiones has logrado tomarme el pelo, Willy, pero esta vez, no te saldrás con la tuya.

Willy metió la mano tranquilamente en el bolsillo y la sacó armada con una pistola.

El capitán agrandó los ojos.

—¿Qué vas a hacer, Willy...? ¡El asesinato está castigado con la silla eléctrica!

Willy se puso en pie y alargó la mano, depositando la pistola sobre la carpeta que había delante de Courtney. Éste dejó escapar el

aire que había retenido en sus pulmones, y, poco a poco, el color volvió a sus mejillas.

—Capitán —explicó Willy—. Ésta es la pistola con la que intentaron asesinar a Carolyn. Supongo que ahora quedará convencido.

Barney examinó la pistola.

—¿Desde cuándo usas armas, Willy?

—Le digo que no es mía. Usted conoce perfectamente mis costumbres. Si me encontrasen con un «quitapenas» encima, me la ganaría, y no quiero hacer felices a unas cuantas personas del Departamento.

—No puedo admitir esto como prueba.

—¿Por qué no, capitán?

—Voy a creer que se llegó un hombre a tu cabaña, admitiré también que hizo ese disparo que rompió los cristales de tu ventana... ¡Pero disparó contra ti, Willy, no contra ella...! ¡Era algún enemigo tuyo que quería ajustarte las cuentas...!

Carolyn se puso en pie.

—Oh, no, capitán, no debe pensar en eso. Está equivocado. Cuando se produjo el disparo, también pensé lo mismo que usted. Pero luego tuve en cuenta lo demás, aquella granizada de balas que me enviaron cuando el taxi estaba detenido en la calle Séptima.

—Lo siento, muchachos, pero las cosas están en orden y yo no puedo dar curso a una denuncia basada solamente en supuestos hechos que más parecen tomados de un serial radiofónico.

—Le sugiero una última verificación, capitán.

—¿A qué te refieres, Willy?

—Vayamos a esa casa de la Quinta Avenida, ya sabe, donde viven esos caballeros, Spencer y Dorothy Hutton. Le han dicho en el hospital que Margie Gaskin se encuentra allí. ¿No cree que adelantaremos más si sostiene la conversación con la propia Margie?

Estoy seguro de que ella nos dará una solución al problema.

—Eso es magnífico, capitán —asintió Carolyn—, aunque me temo que llegaremos demasiado tarde.

El capitán Barney titubeó unos instantes y por fin se puso en pie.

—No sé por qué razón les tengo que satisfacer. Considero que esto es ridículo, pero ¿sabes una cosa, Willy? Te has reído muchas

veces de mí y ahora quiero ser yo el que se ría de ti.

Willy señaló la puerta con la mano.

—Cuando usted quiera, capitán.

Salieron del despacho y el capitán ordenó:

—¡Cecil, ven conmigo! Utilizaremos el «Ford».

Hicieron el viaje en silencio.

El propio capitán Barney tocó el timbre de la casa de la Quinta Avenida.

Les abrió un criado de talla mediana que irradiaba dignidad por todos los poros.

Barney le mostró su credencial agregando que deseaban hablar con los señores Hutton y el criado les franqueó el paso.

—Ahora mismo les anuncio, capitán.

El criado cruzó el amplio vestíbulo, dirigiéndose hacia una de las pesadas puertas que había a la derecha. Desapareció tras una de ellas y al poco rato volvió a salir diciendo:

—Capitán Barney, los señores Hutton le esperan.

Courtney hizo una señal a sus compañeros para que les siguiesen.

Un hombre de unos cuarenta años de edad, más bien bajo, de cabello rizado, ojos de mirada inteligente, acudió al encuentro del capitán en un salón amueblado con un gusto exquisito.

—Celebro conocerle, capitán. Soy Spencer Hutton. Permita que le presente a mi esposa Dorothy.

Dorothy Hutton estaba de pie, bajo un cuadro del general Lafayette. Era una hermosa mujer de unos treinta y cinco años, que se cubría con un vestido de noche negro sin tirantes. En su cuello mostraba un collar de perlas.

—A sus pies, señora —dijo el capitán correspondiendo a la inclinación de cabeza que le hacía la señora Hutton.

—¿Tomará una copa con nosotros, capitán? —sugirió Spencer—. Naturalmente, hago extensiva la invitación a sus compañeros.

—Perdone, señor Hutton, pero sólo he venido para hacer una, llamémosla, comprobación oficiosa.

—Imagino, capitán, que se trata del accidente que sufrió esta tarde mi sobrina.

—Exactamente, señor Hutton. La joven que me acompaña, la señorita Carolyn Gerr, ha imaginado a su sobrina víctima de una

confabulación.

—¿Intenta sugerir, capitán, que el accidente que sufrió mi sobrina fue premeditado?

—No, señor Hutton, la confabulación vino después, cuando la señorita Gerr fue víctima, al parecer, de dos atentados. Según ella ha contado fue confundida con Margie Gaskin. Varios hombres dispararon contra la señorita Gerr en dos ocasiones.

Una expresión de sorpresa se dibujó en la cara del señor Hutton.

—¿Qué dice, capitán?

La señora Hutton avanzó hacia Barney.

—Dios mío, ¿qué está contando? Eso es absurdo —sonrió mirando parpadeante a Carolyn Gerr—. Señorita Gerr, usted debe sufrir un error. ¿Intenta hacernos creer que a mi sobrina quieren asesinarla unos pistoleros?

—Exactamente, señora Hutton —asintió Carolyn—. Lo he dicho y lo mantengo.

El señor Hutton rió cubriéndose la cara con la mano. Luego apartó aquélla tratando de recuperar la seriedad.

—Perdonen ustedes mi expansión, pero no lo he podido evitar. Ruego no se sienta molesta, señorita Gerr, pero, si me permite decirlo, esto es lo más divertido que me ha sucedido desde hace muchos años.

—¿Dónde está su sobrina, señor Hutton? —inquirió de pronto Carolyn.

—Señorita Gerr —exclamó Barney con tono de reconvención.

—Oh, capitán —repuso Spencer Hutton—. No debe recriminar a la señorita Gerr el magnífico celo que muestra por la seguridad de mi sobrina.

—Sí, señor Hutton —dijo la joven—. Quiero vería, hablar con Margie. Sólo entonces sabré que no le ha ocurrido nada, que sigue bien. Y si lo estuviese la pondré en guardia...

Además, creo que ella sabía algo de lo que iba a pasar.

—¿Por qué cree eso, señorita Gerr?

—Cuando se la llevaron del autobús al hospital se refirió a que tenía un problema. Fue una lástima que no me lo contase todo cuando viajábamos, pero se mostró muy reservada. Se había decidido a darme cuenta de su inquietud después del accidente y entonces tuvieron que llevársela.

El señor Hutton se apretó el lóbulo de una oreja sin dejar de sonreír.

—Muy bien, señorita Gerr, sus deseos van a ser satisfechos. Diré a mi sobrina que baje.

—¿No le perjudicará a su pierna? —intervino Barney—. Podemos subir nosotros, aunque desde este momento le aseguro que por mi parte no necesito realizar ninguna comprobación. Mi misión ha terminado.

—Oh, no, capitán. Deseo que la señorita Gerr se marche sin temores. Me ha resultado simpática. ¿Y qué menos podemos hacer por ella que duerma tranquila esta noche sin pensar en gangsters y extrañas confabulaciones? Por lo demás, mi sobrina se encuentra muy mejorada de su accidente y puede andar ayudándose de un bastón.

El señor Hutton se acercó a la pared y apretó un botón. A poco apareció el criado.

—Dile a la señorita que tiene visita y que la estamos esperando.

El criado hizo una inclinación de cabeza y salió de la estancia.

Spencer Hutton se aproximó a un bar que había junto a la pared.

—Por favor, acérquense. Quiero que acepten una copa. Pueden elegir... *Whisky*, *chartreuse*, *vodka*...

Cuando cada uno tuvo su vaso, Hutton alzó el suyo e hizo un brindis.

—Por la magnífica y eficaz policía de Nueva York.

—Gracias, señor Hutton —repuso Barney esponjándose por segunda vez en aquella noche.

La puerta fue abierta desde fuera por el criado y oyóse el rítmico golpear de un bastón sobre el piso.

Todos volvieron la cabeza.

Por el hueco apareció una joven de unos veinte años, morena, esbelta, cara bonita. Se cubría con un batín estampado y apoyábase en un bastón que manejaba con la diestra.

Spencer Hutton le salió al encuentro.

—Margie, siento mucho haberte hecho bajar, pero una joven, Carolyn Gerr, quería cerciorarse de que estabas viva.

—¿Viva? Oh, pero si ella sabe que sólo fui accidentada en la pierna... Señorita Gerr, cuánto me alegro de volverla a ver.

Carolyn vio avanzar hacia ella a la joven y el corazón le dio un

vuelco porque no era Margie.

CAPÍTULO VI

Carolyn continuaba sin habla cuando la joven que se presentaba ahora bajo la identidad de Margie Gaskin le tomó una mano y se la estrechó suavemente.

—Gracias por haber avisado a Max Kipling, señorita Gerr. Espero no le ocasionase demasiadas molestias.

—Pero..., pero ¿quién es usted?

La joven arrugó la frente.

—¿Qué dice, señorita Gerr? ¿Es que no me reconoce? Soy su compañera de asiento, la viajera número trece.

Carolyn movió la cabeza de izquierda a derecha.

—No, usted no es la viajera número trece. No es la muchacha que viajaba conmigo.

¡Capitán, es una impostora!

Barney estaba desconcertado. Apuró de una sola vez el contenido de su vaso. Spencer Hutton se acercó a la joven del bastón y tomola de un brazo.

—Has sufrido demasiadas emociones por hoy, querida. ¿Quieres retirarte a tu habitación?

—No lo comprendo, tío. ¿Qué le ocurre a esta chica? ¿Está...? — Se mordió el labio interrumpiéndose.

—Ande, dígalo, impostora —repuso Carolyn señalándola con el dedo índice—. Diga que estoy loca. Es lo que les conviene hacerles creer. Yo soy la chiflada y usted la que dice la verdad.

—Señorita Gerr —exclamó el capitán—. Le prohíbo que hable en ese tono. ¿Es que no se da cuenta de donde está?

—Claro que me doy cuenta, capitán. Vinimos a casa de los señores Hutton para hacer una verificación. Yo quería ver a Margie Gaskin.

—Ya la está viendo.

—Oh, no, capitán. No es ella.

La muchacha del batín estampado dijo con voz preocupada:

—No lo comprendo. Creí que ella no había sufrido ningún daño cuando sobrevino el accidente. Parecía tan normal...

Carolyn puso los brazos en jarras.

—De modo que, ésa es su estratagema. Me pegué un golpe en la cabeza y veo visiones.

Es eso lo que está sugiriendo... Las balas que me enviaron en el taxi son pura imaginación.

El segundo intento de asesinato en la cabaña del señor Drayman también lo he inventado yo... Sólo usted dice la verdad. Pero a mí no la pega, señorita. ¿Qué hicieron con la pobre Margie? Dígalo, ¿qué hicieron? ¿Dónde la han enterrado?

—¡Dios mío! —exclamó su interlocutora.

—¡Ya basta! —ordenó el capitán cogiendo a Carolyn por el brazo—. Le prohíbo que hable una palabra más.

Dorothy Hutton se acercó a la muchacha morena.

—Pobre Margie, no debes tomarlo en cuenta. Esta señorita está trastornada. No sabe lo que dice.

—No te preocupes tía. Lo comprendo perfectamente.

—Vamos, te acompañaré a tu habitación, Margie.

La supuesta Margie movió la cabeza dirigiendo a Carolyn una mirada cargada de tristeza.

—Siento mucho lo que le pasa, señorita Gerr, créame. Si de algo le sirve mi ayuda, estaré a su disposición.

—¿Qué es lo que ha pensado? ¿Recomendarme a su siquiatra?

—¡Señorita Gerr! —gritó él capitán.

Dorothy Hutton acompañó a la joven del bastón fuera de la estancia.

Spencer Hutton carraspeó.

—Siento mucho lo ocurrido, capitán.

—Yo lo siento más que usted, señor Hutton y le ruego olvide este incidente.

—Desde luego, capitán. Está ya olvidado. Pero esta joven...

Carolyn estaba fuera de sí. Miró al capitán y por último a Willy, que todo el tiempo había permanecido en silencio.

—Todos creen que me falta un tornillo. ¿Es eso, verdad? Todos

piensan que se las tienen que ver con una loca. Lo leo en sus ojos. Pero no me importa. Sólo les diré una cosa. ¡Esa joven que ha salido de aquí no es Margie Gaskin!

—Se acabó —dijo el capitán—. Vamos, señorita Gerr, ya ha dicho bastante.

Spencer Hutton se dirigió a Barney.

—Espere, capitán. Yo también quiero ayudar a esta pobre muchacha.

—¡No necesito su ayuda ni la de su sobrina! ¡No necesito ayuda de ninguno de ustedes!

—Muy bien, señorita Gerr. No puedo obligarla a ver lo que pretendía enseñarle. Pero espero que el capitán se interese... Sólo se trata de un álbum de fotografías. En todas ellas aparece Margie.

Hutton caminó hacia una estantería.

—A ver si recuerdo dónde está.

—Ahora dirá que lo ha extraviado —repuso Carolyn son retintín.

El capitán le dirigió una furiosa mirada.

—Oh, ya lo encontré —dijo Spencer Hutton y atrapó un álbum, acercándose con él al capitán.

Cecil se aproximó a ellos así como Willy.

Barney comenzó a ojear el álbum.

—Vea, señor Courtney —dijo Hutton—. Aquí Margie tenía trece años de edad. Véala jugando en la playa de Atlantic City. Margie tenía entonces cinco años. Era una niña muy delgada —dio un suspiro—. Aquí la tiene a los dieciocho años, cuando recibió su título académico.

—¿Puedo ver esas fotografías, señor Hutton? —dijo Carolyn.

El señor Hutton le sonrió.

—Desde luego, señorita Gerr, está a su disposición.

Alargó el álbum a Carolyn, la cual lo tomó en sus manos.

Efectivamente, vio unas fotos en que aparecía la joven que minutos antes se encontraba en aquella habitación, y no la que ocupaba el asiento número trece del autobús de Columbus.

—¿Está usted satisfecha, señorita? —preguntó el señor Hutton con su amable sonrisa.

La joven fue a replicar, pero cerró la boca y echó a andar hacia la salida.

—Buenas noches, señores.

El criado se apresuró a acudir a la puerta de la calle para abrirle.

—¿Cuál es su nombre? —inquirió Carolyn.

—Arthur Montague, señorita.

—¿Cuánto tiempo lleva en la casa?

—Quince años.

—¿Quién es la joven del bastoncito?

El criado hizo un gesto de perplejidad.

—¿Cómo dice, señorita?

—Lo ha oído perfectamente, de modo que no se haga el tonto.

¿Quién es la señorita que ha sido presentada como Margie Gaskin?

—Esa joven es la señorita Margie Gaskin.

—¿Conque también usted forma parte de la banda?

—Señorita, no sé lo que dice, no le comprendo. ¿A qué banda se refiere?

—Da lo mismo, Arthur. ¿Pero qué le parece si a cambio de medio dólar me dice dónde está la verdadera Margie?... ¿Hacemos el negocio?

—Perdón, señorita, no la puedo complacer. Está completamente equivocada. La única señorita Gaskin es la que usted acaba de ver en el salón.

—Muy bien, para usted la perra gorda —repuso Carolyn y bajó rápidamente por la escalera ganando la calle.

Echó a andar por la acera murmurando por lo bajo.

—¡Eh, Carolyn, espere! —Oyó la voz de Willy.

Pero ella continuó andando tan de prisa como antes.

Willy llegó a su lado corriendo y la detuvo.

—Comprendo lo que le pasa, Carolyn.

—No diga tonterías. Usted no lo comprende. Si lo hubiese comprendido se habría puesto de mi parte.

—Ahí dentro mi palabra no servía de nada. ¿Cree que podía convencer al capitán?

—¿Entonces continúa creyendo en mí?

Willy se rascó tras de una oreja.

—Bueno, las cosas no parecen tan sencillas.

—¡Conque esas tenemos! Usted también piensa que soy una perturbada.

—No, Carolyn.

—¡Claro que sí!

—Está bien, le diré lo que he pensado.

La joven cruzó los brazos.

—Le escucho, genio. Ande, empiece.

—Esos hombres que fueron a la cabaña se llegaron allí efectivamente para liquidarme a mí.

—Conque esas tenemos, ¿eh?

—He hecho un esfuerzo de memoria y de pronto he recordado que hace cosa de un mes un chico llegado de la «pensión», quiero decir de la penitenciaría, me habló de que un fulano, Johnny Forester, iba a salir al cabo de dos o tres semanas. Johnny Forester juró una vez que me mataría. Es un mal bicho, ¿sabe?

—De modo que ahora ha echado marcha atrás.

—Escuche, Carolyn, trato de buscar una explicación.

—¿Cuánto le pagaron? ¿Le dio ya el dinero el señor Hutton o piensa pasar la factura más tarde?

—Carolyn, usted es terrible. ¿Es que no lo vio con sus propios ojos? Esa chica tenía lesionada la rodilla. El señor Hutton se mostró muy amable con nosotros y hasta nos enseñó un álbum con fotografías de la chica... ¡Fíjese en la casa donde viven! Esto es la Quinta Avenida, donde reside la gente más rica del país, millonarios de pura cepa...

—¡Oigame, Willy Drayman! Siento mucho haberlo conocido. Si no hubiese visto a esa mujer que se hace pasar por Margie Gaskin con mis propios ojos, podría tener alguna duda, pero la jovencita del bastón representó una comedia. Ahora ya no tengo ninguna duda de que algo malo le pasó a Margie Gaskin... Todo ha sido perfectamente organizado. El capitán de la policía y usted son demasiado listos, pertenecen a la gran ciudad y, cada uno en su estilo, es un gran hombre, tipos que no pasan nada por alto. Yo soy una pueblerina, una recién llegada a la ciudad. ¡Pero entérese de una vez, señor Drayman!... Esa joven del batín estampado que apareció apoyándose en un bastón no es Margie Gaskin. ¡No lo es y no me sacarán otra cosa!... ¡Hasta nunca, señor Drayman!

La joven hizo una señal a un taxi que corría por la calle, el cual se acercó al bordillo de la acera.

—¡Eh, Carolyn! —Oyó a Drayman—. ¿Por qué se pone así? La acompañaré...

La joven se introdujo en el taxi y Willy fue a entrar, pero ella se

volvió rápidamente y le puso la mano en el pecho.

—Señor Drayman, aquí acabó la historia de nuestra amistad. Bajó el telón. Terminó el film... ¡Fuera!

Acompañando sus palabras con la acción, lo empujó del coche y cerró con fuerza la portezuela.

—Cale Séptima. De prisa.

El conductor no había parado el motor y el vehículo salió disparado.

—¡Eh, Carolyn! —repitió Willy.

Pero ella ni siquiera volvió la cabeza para mirar por la ventanilla.

Risco se apretó el brazo contra el estómago.

—Maldita sea... Ese hijo de perra estuvo a punto de partírmelo...

—¿Cómo te pudo atrapar?

—A ti te habría ocurrido lo mismo, Frank.

—¡Y un cuerno!... Es esa Betty que te sorbe el seso.

Rezongaban los dos en voz baja junto al mostrador de Casey bebiendo una cerveza. Al entrar, Casey les había dicho que un hombre había llamado a Mac Millin dos veces en el espacio de la última hora. Frank había decidido esperar a que se produjese la tercera llamada.

—¿Qué hacemos aquí? —murmuró Risco—. Debemos marcharnos.

—Aceptamos el encargo, ¿no? Hasta nos dieron quinientos machacantes.

—Está bien, pero si no resultó, no fue por nuestra culpa.

—Lo has hecho lo peor que podías, Risco. Ésa es la verdad.

En aquel instante se oyó sonar la campanilla en la cabina.

El empleado llamado Hessen fue a entrar en el recinto, pero Mac Millin se le adelantó.

—No te preocupes, Hessen, será para mí.

Risco fue tras él, como la primera vez.

—¿Sí? —dijo a través del cable.

—Quisiera hablar con el señor Mac Millin. —Era la voz que ya conocía.

—Soy yo mismo, míster x.

—¿Han hecho el trabajo en la última media hora?

—No, míster x. Verá, las cosas no salieron todo lo bien que deseábamos.

—Bueno, escuche. Esa mujer que ustedes han seguido y que han intentado liquidar no es Margie Gaskin.

—¿Eh? ¿Qué lío es este...? Usted nos dijo...

—No importa lo que dijese con anterioridad. Les repito que ella no es Margie Gaskin, sino una muchacha cuyo nombre es Carolyn Gerr.

—Está bien, míster x, díganos dónde está la verdadera Margie Gaskin y la liquidaremos.

—No, ustedes ya no tienen que dedicarse a Margie Gaskin. De quien se van a encargar ahora es de Carolyn Gerr.

—Oiga, míster x, soy un hombre de costumbres sencillas. Todo eso que usted me dice resulta demasiado complicado para mí.

—Aténgase simplemente a mis instrucciones.

—Pero míster x, eso es lo que no acabo de comprender.

—Para ustedes Margie Gaskin ya ha dejado de existir, ¿lo entienden?

—Sí, míster x, Margie Gaskin ha dejado de existir.

—Ahora han de ocuparse de Carolyn Gerr. La retirarán de la circulación. Para que comprendan de una vez, Carolyn Gerr es la pieza que han estado intentando cazar hasta ahora. Deben atraparla de una vez. La encontrarán en la calle Séptima, en el bar de George Plum. Es seguro que se quedará allí a dormir.

—Muy bien. Esta vez no fallaremos.

—El cadáver no ha de ser encontrado, tanto si acaban con ella allí como si lo hacen en otra parte. Lo han de convertir en humo.

—Está bien, descuide míster x. Puede borrar a esa chica de la lista. En cuanto al dinero...

—Lo recibirán en la forma prevista.

—Sí, míster x.

—No pierdan el tiempo. Es urgente que lleven a cabo su misión.

—Deje de preocuparse, míster x —dijo Frank y colgó.

Risco estaba escuchando con el oído pegado al auricular. De pronto echó mano a éste.

—Eh, ¿qué vas a hacer?

—Quiero llamar a Betty.

—¿Para qué?

—Está esperando.

—¡Mándala al infierno y salgamos de una vez de aquí! ¿No oíste a míster x? Quiere que lo hagamos en seguida.

—Será cuestión de un minuto.

—Tú y tus mujeres —dijo Frank despectivamente y salió de la cabina.

Risco marcó un número en el dial.

—Betty, soy Risco.

—¿Dónde estás?

—En los billares de Casey, pero salgo ahora mismo.

—Me alegro de que te hayas decidido a venir. Estaba impaciente.

—Déjame terminar. No voy a tu apartamento.

—¿Qué?

—Oye, nena, no puedo seguir hablando. Frank y yo hemos de ir a cierto sitio, pero, en cuanto terminemos, iré para allá.

—No te molestes porque no me encontrarás.

—¡Dime que le has dicho que sí a Johnny Forester y te sacudo!

—Todavía no me hizo la llamada.

—Es mejor que no atiendas al teléfono a partir de ahora. Si a Johnny se le ocurre acercarse por ahí dile que se largue. Tengo un brazo lastimado, pero me bastará con el otro para desnucar a Forester. Juro que lo haré, ¿lo oyes?

Colgó bruscamente y salió de la cabina.

Cuando llegó junto a Frank, éste acababa de beber su cerveza y dijo yendo hacia la puerta:

—Acabemos de una vez con esto.

Betty dejó el micro en la horquilla y luego le sacó la lengua.

Era una joven de unos veinticuatro años con una hermosa cabellera rubia platino.

Además de la cabellera poseía una hermosa figura donde cabía destacar el bronceado de su cutis, los ojos verdosos, rasgados, la boca de gruesos labios, rojos como la sangre, y sus largas piernas.

Se embutía en un pijama de pantalones negros y una blusa roja, y calzaba los pies con unos zapatos de tacones altos que dejaban sus dedos al descubierto, unos dedos con uñas pintadas de laca plateada.

Tomó un cigarrillo del paquete que había sobre la mesa y frotó

un fósforo. Apagó la llama con el aliento y tuvo que frotar otro. Estaba muy nerviosa. ¿Con quién se quedaba?

¿Con Johnny o con Risco?

Johnny era más guapo, más varonil y tenía un arte especial para hacer el amor. Risco era zafio, bruto.

Con Johnny podría conocer California, con Risco permanecería en Nueva York.

Llamaron a la puerta y acudió a abrir. En el hueco vio a Johnny Forester que le sonreía dando vuelta al sombrero en la mano. Johnny era muy moreno, de ojos negros. Su cara parecía tallada por un escultor griego. Era musculoso, alto, de anchos hombros. Sí, era muy fuerte, pero Risco le podía. De eso estaba segura Betty. Nadie había vencido a Risco con los puños.

Johnny Forester admiró el esbelto cuerpo de la joven lanzando un silbido.

—Vaya, nena. Tu orografía mejoró mucho durante mi estancia en la «pensión».

—Tú tampoco estás mal. Se diría que vienes de Miami.

—Trabajé en las canteras y me daba el sol —movió los brazos como un atleta. Tengo todo el cuerpo así, no creas que es sólo la cara. También mi torso está bien requemado—. Bienvenido, Johnny, y adiós.

Johnny no dejó de sonreír.

—¿Es un nuevo saludo?

—Sólo te digo lo que te conviene.

—Risco, ¿eh?

—Sí. Ya sabe que estás aquí y hasta le pasé tu oferta.

Johnny cruzó el hueco y se detuvo junto a Betty.

—No me importa Risco.

—¿Tampoco te interesa lo que dijo él?

Forester la tomó por la barbilla.

—Sólo tú me importas... —La besó en la boca.

Betty se había dicho unos segundos antes que no debería dejar que Johnny la besase.

Sabía que eso sería catastrófico para ella, que no podría resistirlo.

Las manos de Johnny se deslizaron por su espalda. La apretaron. Forester pegó un empujón a la puerta, cerrándola.

—Johnny... —murmuró la joven.

—Te vas a venir conmigo a California. Anda, prepara tu equipaje.

—Pero Risco te matará.

—No podrá hacerlo si no me encuentra aquí. ¿Hay peligro de eso?

—No, si nos vamos en seguida. Risco me dijo que tenía que hacer un trabajo.

—Ya entiendo, lo de siempre... Asesinato, ¿eh?

—Risco podría llegarse a California para buscarnos.

—No, nena. Risco no saldrá de su madriguera. No se atreverá a llegarse a ninguna parte. Risco se ha criado en Nueva York. No tiene clase para ir ni siquiera a Cleveland o a Chicago... Se sentiría como el pez fuera del agua y él sabe lo que les pasa a los peces en esas circunstancias. Boquean y se mueren... Anda, dulzura, ve a vestirme.

La continuaba abrazando y la besó otra vez.

—Sí, Johnny... Ahora me visto.

Johnny la empujó suavemente hacia el fondo de la habitación.

—Date prisa.

Betty sentía un cosquilleo en la espina dorsal.

—Me daré toda la prisa que pueda...

Se introdujo en el dormitorio dejando la puerta abierta.

Forester caminó hacia la mesa y tomó un cigarrillo que encendió. Mientras lanzaba una bocanada de humo, dijo por la comisura de la boca:

—Nena, no te olvides del dinero.

—¿Eh?

—La plata. La necesitaremos.

Oyó unos pasos y la joven apareció otra vez en el hueco.

—¿Has comprado ya los boletos del avión?

—No, pero le dije a una empleada que nos reservase dos.

—¿Por qué no los compraste?

—¿Cómo los iba a comprar, dulzura? Sólo tengo un pavo en el bolsillo.

—De modo que has pensado pagaría yo los dos pasajes del avión.

—Sí, cariño.

—¿Y al llegar allí?

—Nena, supe en la cárcel, por Sid Lyle, que le estabas sacando a Risco el tuétano, de modo que debes tener la hucha llena. Rómpela y no te preocupes, yo te regalaré una de oro cuando lleguemos a Los Ángeles.

—Johnny Forester, no has cambiado... Sigues igual, viviendo de las mujeres...

—Eh, nena, ¿es que me vas a ofender? Tengo grandes ideas en la cabeza. Tú pagas ahora el traslado y los primeros gastos, pero lo demás corre de mi cuenta. Seré un tipo grande en California, sí, nena, un rey... y tú serás la reina.

—Sueños, sólo sueños...

—Eh, Betty, te estoy diciendo la verdad. Ya acabaron aquellos tiempos en que construía castillos. Ahora todo será realidad.

De repente, la puerta se abrió de golpe.

—¡Risco! —gritó Betty antes de mirar al hueco.

Forester se levantó de un salto, pero quedó inmóvil observando al hombre que entraba en el apartamento.

—Willy... Willy Drayman.

Willy cerró la puerta y sonrió enseñando su blanca dentadura.

—Johnny, me alegro mucho de que estés de primera —miró a la joven—. Y tienes también una nena de primera... ¿Cómo la conseguiste? ¿Por correspondencia? Según he oído decir, te pasaste dos años en la penitenciaría y no has salido hasta hace unos días.

—Le mandé mi foto —dijo Johnny.

—Gracioso.

—Tú tampoco estás mal, Willy. A decir verdad, no has cambiado en nada. Las mismas costumbres, ¿eh? Corbata de lazo roja, camisa negra y traje gris... Se lo decía a los chicos de mi celda, les decía que conocía a un tipo que siempre vestía igual. No se lo creían, ¿sabes?

—¿Y qué más has dicho por ahí?

—Sólo eso, Willy. Cada vez que he hablado ha sido para decir lo grande que eras...

—Bastardo.

—¿Eh?

—Hijo de perra.

—Willy, ¿qué te pasa?

—Estoy recordando la última conversación que sostuve contigo antes de que te atrapasen los polis y te metiesen en la fresquera... ¿Lo recuerdas, Johnny?

—Ni una palabra.

—Embustero.

—Willy, me estás insultando... ¿Es que no te das cuenta de que te encuentras delante de una dama?

—Ésa tiene tanto de dama como yo de esquimal. —Eh, usted, ¿quién se cree que es?— dijo Betty. —Es mi apartamento y no el de Johnny. Ha violado mi domicilio. Será mejor que salga de aquí, ¿o prefiere que llame a la policía?

—No lo intentes, chica. Podían pasar cosas muy gordas aquí.

Forester se echó a reír.

—Willy, ¿qué infiernos te pasa?

—Ya que no recuerdas lo que dijiste, te haré un poco de memoria. —Willy se acercó a su interlocutor apuntándole con el dedo—. Dijiste que algún día me echarías a la fosa y que no lo harías por ti mismo, pagarías a unos asesinos.

Forester rió dando un manotazo en el aire.

—Está bien; Willy, admito que dije eso, pero en aquel momento no era dueño de mí mismo...

Bajó la cabeza al suelo y de pronto disparó el puño derecho contra la cara de Willy.

Ocurrió algo inesperado. Drayman, como si hubiese estado esperando aquel ataque, echó la cabeza atrás y los nudillos de Johnny le percutieron débilmente en la barbilla.

Luego se agachó como un meteoro, hundió el puño izquierdo en el estómago de Forester y, sin concederse pausa, le soltó un trallazo con la derecha.

Forester viajó por el aire saltando limpiamente el sillón que había a sus espaldas y se derrumbó en el suelo, dando dos vueltas antes de que su carrera fuese detenida por el muro.

Willy fue detrás de él.

—Bueno, muchacho, aquí me tienes. Me enviaste dos matones a mi cabaña. Querías liquidarme. Quisiste cumplir tu promesa, serpiente de cascabel, pero ahora te voy a pisar la cabeza porque es lo único que mereces.

Johnny lo miró con una expresión de terror.

—¡Willy! ¡Estate quieto!

Willy lo atrapó por las solapas y lo levantó de un tirón.

Forester trató de castigarle el estómago, pero Willy utilizó el filo de la otra mano para golpearle las muñecas en un golpe seco, dejándoselas paralizadas.

Forester lanzó un aullido de dolor.

—¡Willy! ¡No me pegues...!

Betty era una espectadora pasiva de aquella escena.

—¿Quiénes son los tipos que me mandaste, Forester?

—No te he enviado a nadie.

Willy le soltó una bofetada.

—¿Quién, Forester?

El labio inferior de Johnny estaba partido y por su cara resbalaban gotas de sudor.

—Oye, Willy, te juro que no te he enviado a nadie... ¡A nadie! No me acordaba ya de ti.

Es cierto que he pensado algunas veces en aquello que pasó entre nosotros. Me quitaste una de mis chicas y eso no estuvo nada bien.

Willy le soltó otra bofetada.

—¡Sinvergüenza! Vivías de las mujeres, las enamorabas, y ellas tenían que trabajar para ti. En cuanto a Evelyn, fue ella quien decidió apartarse de tu lado. Me pidió ayuda y yo se la presté. ¿Lo oyes? Se convenció de la clase de tipejo que tú eras.

—Está bien... Lo admito, Willy, tenías razón...

—Lo dices ahora porque no tienes a tus matones cerca de ti para que te defiendan...

¿Dónde están, Johnny? ¿Esperándome otra vez cerca de la cabaña...? ¿En lo de Joey porque acostumbro a llegar allí a media noche a beber el último *whisky*...?

Johnny jadeaba.

—No, Willy, te lo juro... No hay nadie en Joey esperándote para hacerte un cosido de plomo... Quiero decir que yo no he contratado a nadie... Se lo estaba diciendo a Betty.

Tengo un solo pavo en el bolsillo. Anda, díselo tú, nena.

—¿Qué no sería capaz de hacer ella por ti? ¿Verdad, nena? —
Miró a la joven y en aquella posición descargó otra vez la mano en la boca de Forester.

Acercó su cara a la de él.

—Johnny... Te voy a matar, ¿lo oyes? Te voy a romper las costillas una a una. ¿Quiénes son los fulanos? Sólo me tienes que decir sus nombres y dónde me estarán esperando.

Luego, tú y yo iremos allí y les dirás que se estén quietos. Sencillo, ¿verdad?

—Pero Willy, ¿qué nombres quieres que te diga? ¿A dónde quieres que vayamos?... —repuso Johnny casi implorando—. Te repito que estás equivocado, Willy... NO te he mandado a nadie.

Willy le conectó un puñetazo en el mentón.

Johnny golpeó las espaldas contra la pared y se desplomó en el suelo quedando hecho un ovillo.

Willy se dirigió a la joven.

—¿Qué sabes tú de eso?

—¿Quieres que te diga la verdad?

—Prueba y ya veremos si te creo.

—He hablado con Johnny dos veces, la primera por teléfono y ahora que se ha llegado a mi casa. Si realmente te hubiese preparado una encerrona, me lo habría contado. Es de los que no se callan. Su única preocupación era largarse a California, pero me propuso que hiciésemos el viaje con mi dinero. Antes de que llegases me habló de que estaba en la ruina... No, no creo que él te la haya jugado.

CAPÍTULO VII

—Debes dormir, Carolyn —dijo George Plum.

—Tú tampoco me crees, ¿verdad, George?

George, obeso, de cabeza poderosa, se rascó la nariz.

—Bueno, chica, en esta ciudad ocurren cosas muy extrañas, pero juro que todo eso que cuentas es lo más fantástico que he oído.

—Fantástico, ¿eh?

—Oye, te prohíbo que pienses más en eso. Estás cansada, hiciste un viaje, te has ganado un buen descanso y es lo que necesitas para calmar tus nervios.

—¡Estoy completamente serena! —gritó la joven y al darse cuenta de su falta de lógica, bajó la voz agregando—: Te he contado la verdad.

—Muy bien, es la verdad. Ahora a dormir. Has de levantarte pronto. Recuerda que mañana empiezas a trabajar aquí y ésta es una casa donde hay mucho que hacer. —Plum se frotó la barba—. No me levanto hasta las diez porque me acuesto muy tarde. Tú y Anna debéis ocuparos de todo. Anna se encargará del bar y tú de la parte trasera.

—Está bien.

—Te explicaré lo que es la parte trasera. Saliendo de aquí, sigues por el corredor de la izquierda y encontrarás una puerta y una escalera que te llevará al patio. Allí están apilados los cajones, los barriles, todo está en desorden porque Anna no tiene tiempo de ocuparse de todo. Lava, limpia y pon orden en ese patio.

—Sí, George.

—Para cuando hayas terminado, estaré en pie y te explicaré cómo funciona el bochinche. —Plum le palmeó la mejilla—. Me alegro mucho de que estés aquí. Palabra que sí. Hasta mañana.

—Buenas noches, George.

El dueño del local salió de la habitación y Carolyn quedóse escuchando el eco de sus pasos mientras bajaba por la escalera que conducía al bar.

La joven dio un suspiro mirando a su alrededor. Era una habitación en donde los muebles se apilaban anárquicamente. Allí había una mesa, un camastro, varias sillas, un aparato de T. V., estanterías llenas de novelas...

Estaba cansada y en su mente persistía la preocupación por el paradero de Margie Gaskin. Dios mío, ¿por qué estaba ella allí? ¿Por qué no la buscaba? Pero ¿qué podía hacer si la propia policía se había apartado del asunto no dando crédito a sus palabras?

Pasó al cuarto de baño con el camisón en la mano y cambióse en pocos minutos. No, no arreglaría aquel cuchitril hasta el día siguiente.

Apagó la luz y tendióse en el camastro, arropándose con las sábanas y el edredón.

Otra vez comenzó a dar vueltas en su mente aquel nombre. Margie Gaskin. De nuevo desfilaron por su mente aquellas escenas a partir del momento en que conoció a la joven.

Sí, Margie había subido en Ratford, estaba segura. Lo recordaba perfectamente. ¿Se encontraría en Ratford la solución?... Oh, no, qué tonta era. Aquel hombre, Max Kipling con el que ella había hablado en la estación la había sacado del hospital. Pero Max Kipling no existía. Había buscado su dirección en la guía del teléfono y no constaba en ella, Naturalmente era un nombre falso, pero ¿por qué entonces la propia Margie le había hablado de él? Claro que podía existir. En la guía no se insertaba los nombres de los ocho millones de personas que había en Nueva York. Oyó su voz interior: «Cuidado, Carolyn, no te atolondres... La claridad es muy importante para poder solucionar un problema».

Recuérdalo. Tú eras en Templetown la consejera de los demás, les resolvías los problemas y muchas personas acudían a ti esperando un consejo. ¿Es que ahora que te encuentras ante el más complicado momento de tu vida vas a perder esa clarividencia? Serenidad, Carolyn, serenidad. Es en esa mansión de la Quinta Avenida donde se encuentra la respuesta. Spencer y Dorothy Hutton te engañaron. Ellos sabían que la joven morena del bastoncito no

era Margie Gaskin. Son ellos los que se han confabulado contra la verdadera Margie...

Cuando llegó a ese punto de sus pensamientos, se incorporó bruscamente. Todo su cansancio había desaparecido.

Tenía que desenmascarar a los Hutton. Ellos conocían el paradero de Margie y, hasta es posible que la viajera del asiento número trece se encontrase en la propia casa que había visitado en compañía del capitán Courtney y de Willy.

Oyó un chasquido lejano.

Pensó que era Plum que volvía y se echó en la cama cubriéndose hasta el cuello.

Pero siguió un silencio.

Esperó que la puerta se abriese.

Transcurrieron veinte segundos.

Oyó el deslizarse de unos pies... ¡Pero el hombre que avanzaba lo hacía desde la otra parte del corredor! ¡Desde la puerta que comunicaba con el patio!...

¡Santo cielo! ¿Por qué no había vuelto a pensar en ello? ¿No habían intentado asesinarla dos veces...? ¡Eran ellos, los verdugos que querían matarla!

Otra vez estaban allí y ahora se encontraba indefensa.

Sólo se podía librar de una forma. Si a George Plum se le ocurría subir, al armar ruido en la escalera ellos se decidirían a retroceder... Oh, no, eso era absurdo. Aquellos asesinos dispararían primero sobre Plum para después hacerlo contra ella. En lugar de un cadáver habría dos.

Pero ¿por qué se quedaba allí? ¿Por qué? ¿Y si gritaba...? Oh, no, gritar no. Con ello solo lograría precipitar su muerte. George quedaba muy lejos, en el bar. Había dos puertas por medio. La de aquella habitación que comunicaba con el corredor y la otra que daba acceso a la escalera. Santo cielo, ahora que se veía allí dentro, tenía la impresión de haberse metido en una ratonera. Ni siquiera los asesinos podían haber elegido un lugar mejor para llevar a cabo su muerte.

Pero no podía quedarse allí, no podía quedarse quieta como una oveja a la que se disponían a degollar.

Se deslizó de la cama poniendo los pies desnudos: en el suelo y poco a poco se enderezó.

Sintió el retumbar de un trueno y apretóse la mano en la garganta al comprobar que eran los latidos de su corazón.

Se fue acercando a la pared.

La puerta se abría hacia el corredor. Se detuvo muy cerca de ella mirando fijamente el picaporte. ¿Cuándo empezaría a moverse?

De repente sintió unos deseos terribles de lanzar un grito cuando oyó un golpe contra la madera en el corredor.

Lo localizó junto a la puerta. Ya estaban allí listos para llevar a cabo su misión.

Alargó la mano poniéndola en el tirador.

Lo hizo girar y empujó hacia fuera.

La puerta se estrelló contra un cuerpo humano y Carolyn escapó por el hueco lanzando un prolongado chillido.

A sus espaldas se produjeron dos estampidos suaves y oyó como la madera saltaba y luego algo pasó zumbando por junto a su cabeza y vio cómo en la pared del fondo aparecía un agujero.

—¡Apártate, estúpido! —dijo una voz ronca, llena de ira.

Carolyn abrió la puerta que tenía delante, y se precipitó por las empinadas escaleras.

Dio un traspié y se derrumbó en el momento en que una bala llegaba silbando.

Carolyn rodó lanzando chillidos hasta que abajo chocó contra unas piernas.

Quedó boca arriba mirando la cara del hombre que estaba ante ella. Era Willy Drayman.

—¡Willy! ¡Están en el piso!

Willy saltó por encima de ella y subió por la escalera.

Oyó a lo lejos una puerta que se cerraba.

Vio el desierto corredor vacío y lo cruzó corriendo.

Pero al llegar ante la puerta no pudo abrir porque habían pasado el cerrojo.

Escuchó otro golpe y eso quería decir que los asesinos habían salido de la casa utilizando el patio posterior.

Oyó pasos a su espalda y vio aparecer a la joven, quien era sostenida por Plum.

—Se marcharon —dijo la joven.

—Sí Carolyn. No pude hacer nada por atraparlos.

George arrugó su nariz.

—Pero ¿qué infiernos pasa aquí?

—Ya se lo conté, señor Plum —habló la joven—. Intentan asesinarme, y ahora supongo que lo creerá, ¿o tampoco admite como prueba esos agujeros de bala?

—Hemos de llamar a la policía.

—No te molestes, George —intervino Willy—. No servirá para nada.

—¿Quién dice que no servirá? Tendrán que hacer una investigación.

—La policía no ha creído la historia de Carolyn y el capitán Courtney sacará de la manga una explicación para esto.

—¿Quieres decir que el capitán está vendido?

—No, no digo eso. Barney fue impresionado por los discursos de un caballero llamado Spencer Hutton. Cargará esto en la cuenta de un par de tipos que se llegaron aquí para vengarse de ti o de mí, puesto que he aparecido en el último minuto. Sólo somos tres a creerlo.

La joven cerró los puños con rabia.

—¿Ahora me cree, señor Drayman?

—No, Carolyn. La creo desde hace un buen rato, cuando hice una visita a Johnny Forester. Después de sostener una amigable conversación con él, tuve que admitir que usted estaba en lo cierto... Sí, sólo ha dicho la pura verdad.

—Tengo que atender mi negocio —carraspeó George—. Oye Carolyn, tal como están las cosas... En fin, te harás cargo, me cuesta mucho trabajo mantenerme a flote. Te iba a dar un empleo, Carolyn...

—No hace falta que te excuses. George. Ya sé lo que quieres decir. Soy un peligro para ti.

—Bueno, tú lo debes comprender, muchacha.

Willy hizo una señal con la cabeza hacia el dormitorio.

—Ande, Carolyn, vístase y nos marcharemos de aquí.

La joven entró en el dormitorio y George se rascó la mejilla con la diestra.

—Tú sabes que no puedo complicarme en esto, ¿verdad, Willy?

—Véndeme un revólver, George.

—¿Yo? No vendo revólveres.

—Déjate de historias. Sé que tienes uno en la caja registradora.

—¿Para qué necesitas un revólver?

—No es para hacer pastelillos.

—Cinco dólares.

—Tres. Y ésa será tu aportación para la defensa de la muchacha.

—Está bien —rezongó George.

Bajó por la escalera y al poco regresó con un revólver y una caja de municiones.

—Me quedo indefenso, Willy.

—Tienes otro junto al barril de la izquierda.

—Eh, ¿cómo sabes eso?

—Me gusta husmear cuando entro en un local como el tuyo. Uno nunca sabe de dónde puede venir una bala.

La joven salió vestida portando su valija y su bolso.

—Hasta la vista, George. Te deseo mucha suerte.

—Eh, Carolyn, no es una despedida... sólo te he hecho un ruego en vista de las circunstancias, pero, cuando desaparezca, sabes que ésta será tu casa.

Cuando iban a salir por la puerta de la calle Carolyn se detuvo.

—Willy ¿no estarán esperando fuera?

Drayman mostró un trozo del revólver que llevaba en el bolsillo de la chaqueta.

—Me gustaría que estuviesen. Si es así, tírese al suelo y yo me encargaré de ellos.

Salió primero a echar un vistazo. Aparentemente todo permanecía en orden aunque aquella zona estaba mal iluminada.

Dijo a la muchacha que podía salir y se pusieron a andar hacia el Norte.

—¿Qué se le ocurre, Willy?

—El asunto está difícil. Se podían hacer muchas cosas, pero ninguna sirve. Creo que lo más importante a considerar es que usted se ha convertido en una pesadilla para esos hombres. Y estoy dispuesto a apostar a que en esta ocasión ya sabían quién era usted. No quieren asesinar a Margie Gaskin, sino a Carolyn Gerr.

—Sólo logra ponerme la carne de gallina.

—No lo creo. Es una muchacha animosa. Se atrevió a venir a mi cabaña sin arma y compañía... No, no puedo creer que sienta usted miedo.

—¿Quiere que le diga una cosa, Willy?... Yo no lo consideraré a

usted como un individuo peligroso, quiero decir capaz de hacerme daño.

—Vaya, ¿y eso por qué?

—No lo puedo explicar, pero le aseguro que ahora tengo miedo.

Willy no dijo nada en un buen rato.

—¿En qué piensa? —le preguntó la joven deteniéndose.

—En esa gente.

Estaban a la entrada de un callejón oscuro. Por allí no transitaba un solo peatón. Los ojos de Willy brillaban mucho mirando fijamente a la cara de la joven.

—Dígame, Willy, ¿de qué se trata?

Drayman sonrió de aquella forma peculiar en él, mostrando su dentadura.

—Usted se ha convertido en una mercancía, Carolyn, y un hombre podría ganar mucho dinero ofreciéndola a Spencer Hutton.

Carolyn empezó a retroceder.

—¡Willy! ¿Qué dice?

—Sí, Carolyn, usted vale mucho dinero... Mucho. Sería un buen negocio.

CAPÍTULO VIII

La campanilla del teléfono se puso a sonar.

El criado estaba vertiendo *whisky* en la copa que sostenía Spencer Hutton.

—Sea quien sea, no estoy en casa, Arthur.

—Sí, señor.

Después de dejar la bandeja, Arthur se acercó a la mesa donde descansaba el teléfono.

—Casa del señor Hutton.

—Gracias, enlevitado. Avise a su patrón.

—¿Eh?... ¿Con quién hablo?

—Dean Martin dispuesto a cantar a su jefe una canción.

—No lo comprendo.

—Dígale que la letra y la música es de Willy Drayman y verá como él lo entiende...

Vamos, dese prisa, no voy a esperar aquí toda la noche.

—¿Con quién estás hablando, Arthur? —dijo el señor Hutton con voz irritada.

La señora Hutton, que estaba en el sillón de enfrente leyendo una novela, interrumpió su lectura.

—No me gustan los gritos, Spencer.

—Perdona, pero tengo los nervios un poco sueltos.

—Cualquiera diría que ha ocurrido algo.

—Señor Hutton —intervino el criado—. Es Dean Martin que le quiere cantar una canción con letra y música de Willy Drayman.

La señora Hutton levantó la barbilla.

—Arthur, al parecer, no estás haciendo amistades muy brillantes durante los últimos tiempos. Es la segunda vez que hoy cometes una grosería.

—¿Willy Drayman...? —dijo Spencer.

—¿Lo conoces, querido? —preguntó la señora Hutton.

—Es el hombre que venía acompañando al capitán, el que no era policía, Oí que le llamaba Willy.

—Oh, sí, el de la corbata de lazo.

—¿Qué quiere, Arthur?

—Sólo dijo eso, señor Hutton.

—Puedes retirarte —repuso Hutton y cubrió el micro con la mano hasta que el criado salió de la estancia—. Spencer Hutton.

—Buenas noches, señor Hutton, espero no molestarle.

—En absoluto, señor Drayman. Dígame qué desea.

—Tengo algo que les interesa.

—¿El qué, señor Drayman?

—Carolyn Gerr.

—¿Nada más, señor Drayman?

—Una buena mercancía, ¿no le parece?

—Si me permite decirlo, señor Drayman, Carolyn Gerr es un buen ejemplar de la especie, una bonita muchacha, pero yo no compro mujeres, tengo la mía propia. Supongo que no necesito decirle que tampoco las tomo en alquiler...

—Oh, señor Hutton, discúlpeme por herir sus costumbres puritanas.

—De todas formas, agradezco mucho su ofrecimiento.

—¿Le hago una sugerencia, señor Hutton?

—Sí, Drayman, ¿qué es?

—¿Nos dejamos de pamplinas y vamos al grano?...

—Señor Drayman, utiliza unas palabras demasiado fuertes.

—Sé lo que se cuecen, hermanos.

—Perdone, señor Drayman, pero le puedo asegurar que mi desconocimiento del arte culinario es sólo comparable al de la jerga que usted utiliza para hablar.

—Carolyn dijo la verdad. Ustedes se han deshecho de Margie. La han matado o la tienen en alguna parte. La fulana que ustedes nos exhibieron no es Margie Gaskin. ¿Le hablo en cristiano o todavía es jerga?

—Me entristece mucho, señor Drayman.

—Siento no poder estar cerca para ofrecerle mi pañuelo porque tengo que agregarle otra luctuosa noticia... Sus hombres volvieron a

fracasar. No pudieron matar a Carolyn Gerr.

—Es usted muy impulsivo, señor Drayman. ¿Quién le ha dicho que yo desee la muerte de nadie? ¿Sabe que pertenezco a ocho sociedades protectoras de animales...? Hace apenas dos meses recibí la medalla de un Club canino por haber salvado la vida a un perro cuando estaba a punto de ahogarse.

—No me gusta el folletín, señor Hutton, y antes le dije que podíamos dejarnos de tonterías, ¿se acuerda? Estoy dispuesto a llegar a un acuerdo con usted.

—¿Quiere ser más concreto, señor Drayman?

—Usted y yo somos iguales.

—¿De veras, señor Drayman? No sabía que se hubiese educado en Oxford, que tuviese una casa en la Quinta Avenida, ni que fuese consejero de doce Compañías...

—Me refería a la moral, señor Hutton. Los dos la conocemos por el forro. Apenas lo vi, supe que usted era como mi hermano gemelo.

—Me temo que nuestro árbol genealógico no es común.

—¿Quién sabe, señor Hutton? Quizá subiendo por las ramas encontraríamos savia que nos habrían puesto a los dos en el biberón.

—Soy yo ahora quien le pide a usted que concrete.

—Estupendo, hermano. Empezamos a entendemos. Tengo a la muchacha y se la ofrezco.

—Ya lo dije antes, Drayman.

—A cambio de diez de los grandes.

—¿Qué es eso de diez de los grandes?

—Diez mil pavos que es lo mismo que decir una lechuga de diez hojas...

—Basta señor Drayman le comprendo.

—¿Qué me contesta?

Hutton abrió la boca lanzando un bostezo por el micro.

—No ha sido usted muy divertido, señor Drayman.

—Ustedes desean que Carolyn Gerr no vea la nueva luz del día. Yo les ofrezco la oportunidad de que queden satisfechos. Imagino que el negocio en que se hayan metidos es de mucha envergadura. No sean tacaños y arreglémoslo. Pero de todas formas le concederé un poco de tiempo.

—No se moleste, Drayman. No he entendido una sola palabra de

lo que ha dicho.

—Le volveré a llamar dentro de quince minutos. Si usted no llega a un acuerdo conmigo, tiraré de la manta.

—¿Qué quiere decir?

—Hice hablar a Carolyn Gerr. Sé que la verdadera Margie subió en Ratford. Conozco el nombre del conductor, Joe Simpson. Haré investigaciones y les prometo que se lo harán pagar. A menos que estén decididos a llegar a un acuerdo. Hasta luego señor Hutton.

—No se moleste en llamar señor, Drayman. Y para su conocimiento le diré una cosa.

Ahora mismo me pondré en contacto con el capitán Courtney para comunicarle lo que usted me ha dicho... Aprendí hace mucho tiempo a seguir una broma, señor Drayman, pero la suya ha colmado la medida.

Spencer colgó bruscamente y se puso a marcar el número de la policía.

—¿Qué ocurre, Spencer? —preguntó Dorothy sin apartar la mirada de la novela que leía.

—Ese Drayman... Me ofrecía a Carolyn Gerr por diez mil dólares.

—Santo cielo, no sabía que las mujeres hubiesen alcanzado esos precios.

—Drayman ha creído a Carolyn Gerr.

—¡No!

—Sí, querida. Piensa que hemos hecho desaparecer a nuestra sobrina, haciéndola sustituir por una impostora.

—Eso nos puede dar idea hasta dónde pueden llegar las clases inferiores para combatir a la aristocracia.

—Oiga, ¿policía?... Quiero hablar con el capitán Barney Courtney. Le llama Spencer Hutton —esperó unos segundos.

—¿Cómo está, señor Hutton? —Oyó la voz amable de Courtney.

—Capitán, siento mucho molestarle de nuevo...

—Oh, usted no molesta nunca, señor Hutton. ¿De qué se trata?

—De Willy Drayman.

—No me diga que ha entrado por una ventana de su casa y se le ha llevado el general Laffayette.

Hutton se dio media vuelta para mirar el cuadro que había en la pared.

—No, capitán. Continúa en el mismo sitio. Le explicaré... El señor Drayman se ha permitido amenazarme.

—¿Amenazarlo a usted?

—Existe una palabra muy fea para calificar la acción del señor Drayman.

—Chantaje.

—Gracias por evitarme su pronunciación.

—¿Qué clase de chantaje?

—El señor Drayman asegura haber dado crédito a esa historia fabulosa que nos contó la señorita Carolyn Gerr.

—Señor Hutton, estoy indignado. Terriblemente indignado. Pero no se preocupe. Esta misma noche Willy Drayman irá derecho a la prisión. Ahora mismo ordenaré su captura.

—Capitán, no me gustaría que mi nombre apareciese en los periódicos.

—No se preocupe. Lo podré arreglar. Lo que no puedo consentir es que un tipo como Drayman moleste a un prohombre como usted.

—Me abruma con sus palabras... Gracias. Cuando usted quiera puede pasar por mi casa. Gustosamente le ofreceré una copa de ese *whisky* que le gustó tanto.

—Usted es todo un caballero, señor Hutton. Envíeme dos frascos.

—Desde luego, capitán, y perdone otra vez...

Hutton colgó el auricular y caminó con aire digno hacia el sillón.

—¿Lo arreglaste, Spencer? —preguntó Bárbara.

—Sí, querida. Espero que ese hombre no nos moleste más.

Carolyn vio avanzar a Willy. Los ojos de él estaban fijos en los de ella. Estaban en un sótano de la casa a la que él la había conducido.

Willy llegó ante la joven, le puso las manos sobre el cuello la apretó atrayéndola contra sí y la besó en la boca.

—Willy... no debería hacer eso.

—Lo deseaba desde hace mucho tiempo.

—Pero si esta mañana no me conocía.

—Lo sigo deseando —dijo él y la volvió a besar.

—Eh, Willy, ¿no sabe que estamos metidos los dos en un buen lío?

—Oh, sí, perdone, pero la culpa de que me distraiga es suya.

—¿Qué le ha dicho Hutton?

—Se ha cuidado de no pronunciar una palabra que lo traicionase.

Willy le contó la clase de conversación que había sostenido con Hutton a través del cable.

—¿Le volverá a llamar dentro de quince minutos?

—No, no hace falta. Mi estratagema ha fracasado. Sé que Hutton habrá cumplido su palabra y que después de colgar habrá avisado a Courtney. Naturalmente, el capitán dará orden de que yo sea detenido.

—Willy, no pueden hacer eso con usted.

—No se preocupe. No me detendrán. Tengo unos cuantos recursos que nunca me han fallado.

—Todo lo tenemos en contra... ¿Qué podemos hacer?

—Mientras regresaba de la cabina estaba pensando que no sabemos nada de Spencer y Dorothy Hutton. ¿Cómo podríamos enterarnos de quiénes son realmente?

—Es la mar de sencillo —lo tomó de la mano y tiró de él hacia la puerta—. ¿A dónde quiere ir, Carolyn?

—A una biblioteca pública. Allí pediremos el tomo de «Quién es Quién», y sabremos algo de esos personajes de la Quinta Avenida.

Veinte minutos más tarde se encontraban sentados en sendas sillas de una sala de lectura. Carolyn manejaba el grueso tomo de «Quién es Quién».

Consultaron las fichas correspondientes a Spencer y Dorothy Hutton y Margie Gaskin así como otras a las que fueron reenviadas al consultar las anteriores.

De esa forma pudieron saber que Spencer Hutton y Jonathan Gaskin habían sido hermanastros. La madre de ambos, Pamela Scoppefield, habíase casado en primeras nupcias con Wladimir Gaskin del que tuvo un hijo, Jonathan. Wladimir falleció haciendo cabriolas con una avioneta en un festival aéreo. Pamela, dos años más tarde del luctuoso accidente, contrajo nuevo matrimonio, con Clarence Hutton y de esta unión nació Spencer. Pamela Scoppefield era una mujer cuya fortuna se había calculado en cien millones de dólares. También su segundo marido falleció y ya no volvió a casarse. Al correr del tiempo Jonathan Gaskin luchó en la Segunda

Guerra Mundial formando parte del VIII Ejército Americano. En 1943 encontró la muerte en un pueblecito de Italia al estallar cerca de él un obús, pero antes de entregar su alma a Dios se casó con una italiana, Linda Novara, quien a los cuatro meses de su viudez trajo al mundo a una niña que recibió el nombre de Margaret Gaskin, familiarmente por Margie. La italiana Linda falleció cuando Margie contaba con seis meses de vida. Spencer Hutton había contraído matrimonio en 1950 con Dorothy Temple, de la buena sociedad de San Luis.

«Spencer presidía sociedades de toda índole administrando la mitad de la fortuna que le había correspondido de la herencia de su madre Pamela y la otra mitad que había heredado Margie Gaskin».

No pudieron lograr más noticias.

Carolyn y Willy salieron a la calle, que era regada por una fina llovizna.

—Está claro, Willy. Spencer Hutton ha querido hacer desaparecer a su sobrina para ser dueño absoluto de los cien millones de dólares.

—Hay algo que no encaja, Carolyn.

—¿El qué?

—Naturalmente, Margie Gaskin ha hecho vida social, ha conocido a gente. ¿Cómo van a pegar el cambiazo de una chica por otra si usted ha dicho que no se parecían salvo en que las dos eran morenas?

—Es cierto, Willy, ¿qué lío es éste?... Dios mío, ya no sé quién es la verdadera Margie.

—¿Cuál es la impostora? ¿La mujer que conoció en el autobús o la que nos presentaron los Hutton como sobrina suya?

—La mujer que yo vi en el autobús sufrió una lesión en la pierna. Fue transportada al hospital de Santa Ana de Pleasenville... Nos dijeron que Max Kipling había ido a por ella.

Hacemos una visita a los Hutton y aparece una desconocida cojeando de la misma pierna y se dirige a mí como si efectivamente hubiese sido mi compañera de viaje. ¿Qué misterio es ése?

—Carolyn, sólo hay un camino.

—¿Cuál?

—La viajera del asiento número 13 subió en el autobús en Ratford. Hemos de ir allí.

Sólo en esa ciudad podremos dar con una pista.

El hombre que se cubría con una gabardina con el cuello subido, sombrero de fieltro y gafas oscuras, se introdujo en la cabina número siete de la terminal de autobuses del Oeste.

Después de descolgar marcó un número y se volvió hacia el rincón.

—¿Quién llama? —Oyó una voz ronca al otro lado.

—Señor Kipling, soy Jack.

—¿Qué ocurre, Jack?

—Seguí sus instrucciones. Estoy en la terminal de autobuses.

—¿Alguna novedad?

—Sí, señor. Se trata de la pareja que a usted le interesa, Carolyn Gerr y Willy Drayman.

Acaba de tomar el autobús de Columbus.

—No van a Columbus, estúpido sino a Ratford. Es lo que yo me imaginaba y por eso te envié ahí.

—Pero, jefe, usted sólo me dijo que le llamase.

—La verdad es que no esperaba que ella llegase viva hasta ahí.

—¿Qué pasó con Frank Mac Millin y Risco Novak?

—Esos estúpidos volvieron a fallar, pero fue la última vez. Les he dicho que acudan a una cabaña para hacerles un encargo personal. Allí habrá alguien que se ocupe de ellos. Lo mismo les ocurrirá a Willy Drayman y a Carolyn Gerr. Desde ahora me encargo de que en Ratford les den una hermosa bienvenida... Una bienvenida con flores.

CAPÍTULO IX

—¿Falta mucho para llegar a Ratford? —preguntó Willy al conductor.

—Tres millas.

—Por favor, ¿quiere detenerse cuando sólo falte una milla?

—Muy bien, será complacido.

Carolyn miró a Willy con un gesto de sorpresa.

—¿Por qué quieres que bajemos antes de llegar a Ratford?

—Mientras tú dormías sobre mi hombro estuve pensando en el asunto. Si realmente estamos en el buen camino y en Ratford se encuentra la solución de todo este lío, esa gente debería haber colocado a alguien en la terminal de autobuses por si a alguno de nosotros se le ocurría hacer un viaje... En tal caso, nos estarán esperando. Les daremos el esquinazo entrando por un lugar distinto al corriente.

—Sí, Willy, creo que está bien pensado. ¿Qué hora es?

—Las siete.

El cielo era de un azul plumizo y el sol se remontaba en el horizonte.

El autobús se fue deteniendo poco a poco.

—Éste es su lugar, amigo —dijo el conductor.

Willy le dio las gracias y descendió delante de Carolyn. Cuando el autobús hubo partido vieron la ciudad de Ratford a lo lejos. A la derecha había unas colinas cubiertas de verde por las que serpecía un camino que conducía también a Ratford.

Willy lo señaló con la mano y ambos se dirigieron hacia allí.

Entraron en Ratford siguiendo una calle bordeada de acacias, a cuyos lados se alzaban las casitas que parecían formar parte de un cuento de hadas.

Cuando llegaron al centro comercial se introdujeron en un bar. Sentáronse a una mesa y Willy encargó el desayuno.

—A propósito, muchacho —dijo Willy cuando el mozo iba a retirarse—. Busco a la señorita Gaskin.

—¿Margie Gaskin?

—La misma.

—Ella no vive aquí.

—Bueno, pero tú la conoces y eso quiere decir que viene con alguna frecuencia por este pueblo, ¿verdad?

—Sí, señor.

—Cuando viene, ¿dónde se hospeda?

—En la casa de Alfred Wilson.

Willy sacó dos billetes de a dólar.

—¿Quién es Alfred Wilson?

—Un abogado de Nueva York. Sólo acostumbra a pasar aquí los fines de semana.

—¿Y la señorita Gaskin siempre viene con él? —Willy agregó dos dólares a los primeros.

—No siempre, pero le acompaña muchas veces.

—¿Viste ayer por casualidad a la señorita Gaskin?

El mozo frunció el ceño.

—Salí a comprar un paquete de cigarrillos y la vi, pero no estaba con el señor Wilson.



Le soltó un trallizo con la derecha

—¿Con quién estaba?

—Con nadie. La vi entrar en la peluquería de Ernest, al otro lado de la calle.

—Oiga —intervino Carolyn—. ¿Cómo es la señorita Gaskin?

—¿Qué son ustedes? ¿Por qué hacen tantas preguntas?

—Periodistas —contestó Willy—. Buscamos información. Se

trata de una simple encuesta —aumentó a seis dólares la postura—. Anda, muchacho, descríbenos a la señorita Gaskin y te habrás ganado un buen lote. Recuerda que lo podemos preguntar a cualquier otra persona.

—La señorita Gaskin tendrá unos veintiún años y es morena, esbelta, muy linda, de ojos azules... Creo que es la chica más bonita que hemos visto en Ratford.

—¿Señas particulares? —inquirió Willy.

—Sí, tiene una peca en el cuello, a la derecha.

—Gracias —dijo Drayman y alargó los seis dólares al mozo.

Los dos jóvenes permanecieron en silencio un rato, apesadumbrados.

—Bueno, los dos vimos esa peca, ¿eh, Carolyn? —Rompió el silencio Willy—. La chica del bastón la mostró en el cuello. ¿La tenía también la joven que conociste en el autobús?

—No, Willy.

—Entonces la única Margie que se conoce aquí es la que nos presentaron los Hutton.

—Pero ¿por qué entonces aquella muchacha que viajaba en el autobús me dijo que era Margie Gaskin? ¿Por qué la sustituyeron a la salida del hospital?

—Después del desayuno haremos una visita al abogado.

—Pero ya te han dicho que sólo viene aquí los fines de semana.

—Allí habrá alguien.

El mozo dejó los platos sobre la mesa.

—Eh, muchacho, se me olvidó preguntarte antes por Max Kipling.

—¿Por quién?

—Max Kipling.

—No conozco a ningún Max Kipling.

—Bueno, ¿por qué no lo preguntas a tu patrón?

—No hace falta, señor. Ratford es una ciudad de mil quinientos habitantes y nos conocemos todos. Le puedo asegurar que no hay ningún Kipling. Hay un Kerwin, un Keresky y otros parecidos, pero ningún Kipling.

Cuando el mozo se retiró, Carolyn atacó sus huevos revueltos.

—Creo que nos conviene comer —dijo—. Es lo único que vamos a sacar de aquí.

Willy siguió su ejemplo.

Cuando hubieron terminado, tomaron café y encendieron cigarrillos, pero no se entretuvieron más. Willy abonó el importe y, agregando una buena propina, preguntó al mozo por la ubicación de la casa del abogado Alfred Wilson. Salieron encaminándose al lugar que el mozo les había señalado.

Doblaron por una esquina y siguieron por aquella calle. Al final a la izquierda había un camino que conducía a una casa edificada sobre una colina. Era una construcción magnífica en piedra blanca, rodeada de un jardín donde crecía mucha arboleda.

El portón de hierro estaba abierto. No tuvieron necesidad de apretar el timbre porque descubrieron a un hombre que estaba recortando un seto con unas largas tijeras.

—Buenos días, amigo —dilo Willy.

El hombre se enderezó. Estaba por los cincuenta años y cubríase con un suéter de cuello alto y pantalones de pana.

Se acercó haciendo chasquear las tijeras.

—¿Quiénes son ustedes?

—Ella es Carolyn Gerr y yo Willy Drayman. Deseamos ver al señor Wilson.

—Muy bien, pasen.

—¿Quiere decir que está en la casa?

—Sí.

—Nos dijeron que sólo se dejaba caer por aquí los fines de semana y hoy es miércoles.

—El señor Wilson, vino de la ciudad para resolver un asunto, de modo que han tenido suerte. Regresará a Nueva York esta tarde.

Carolyn miró a Willy y éste movió la cabeza en sentido afirmativo.

Echaron a andar con el hombre que en el camino de la casa volvió a entrechocar las tijeras.

Subieron la escalera de piedra y el jardinero apretó el botón que había a la derecha de una pesada puerta.

Transcurrieron tinos segundos y abrió un tipo de largas patillas y cabello peinado hacia adelante.

El jardinero le dio cuenta de lo que deseaban los visitantes.

—Pasen —dijo el criado—. El señor Wilson los recibirá.

El jardinero se despidió haciendo un saludo con la mano.

Carolyn y Willy fueron introducidos en una espaciosa biblioteca. En la chimenea ardía un leño.

Cuando los jóvenes hubieron quedado solos, Carolyn dijo:

—¿Cuál es tu impresión, Willy?

—La verdad es que lo que estamos haciendo me recuerda a un hombre que fuese a pescar sin caña, sin hilo y sin anzuelo.

—No puede pescar nada.

Willy le sonrió.

—¿Sabes una cosa? Yo pesqué una vez un pez con la mano.

En aquel momento se abrió la puerta y un hombre penetró en la estancia. Frisaba en los cuarenta años de edad y era alto, de rostro bien parecido, cabello gris. Se cubría con traje oscuro, camisa blanca y corbata azulada. Tendió la mano saludando a Carolyn y a Willy.

—¿Quieren sentarse, por favor?

Cada uno de los jóvenes ocupó un sillón.

—¿En qué les puedo ser útil? —inquirió Wilson.

—¿Conoce a la familia Hutton, señor Wilson?

—Desde luego. Soy uno de los abogados de la firma.

—Entonces, también tendrá amistad con Margie Gaskin.

—Margie y yo somos muy amigos. Ella viene por aquí de vez en cuando.

—¿Estuvo aquí ayer, señor Wilson?

—Me está intrigando con sus preguntas. ¿A dónde quiere ir a parar? Conozco su nombre, pero no su profesión. ¿Policía quizá?

—No, no soy policía.

—¿Detective privado?

—Tampoco.

—Entonces, no comprendo.

—Verá, señor Wilson, la señorita Gerr y yo estamos investigando un posible asesinato.

Wilson hizo un gesto de sorpresa.

—¿Asesinato...? ¿De quién?

—De Margie Gaskin.

—Oiga, ¿qué par de locos son ustedes...? —señaló el teléfono que había en la mesa—. Hace apenas veinte minutos que he hablado con Margie, y ella se encuentra perfectamente en su casa de Nueva York.

—Le voy a dar una sorpresa, Wilson. La mujer con la que usted ha hablado no es Margie Gaskin.

Alfred rió estremeciendo los hombros.

—Es usted verdaderamente misterioso, señor Drayman. Pero pudo elegir otra persona para comunicarle sus extraordinarias noticias. No ha estado muy afortunado en la elección.

—¿Por qué?

—Conozco a Margie desde hace dos años, me fue presentada en casa de sus tíos.

—Suponga que ha habido una sustitución.

—¿A qué sustitución se refiere?

—Suponga que la verdadera Margie fuese suplantada hace dos años, antes de que usted la conociese.

—¿Por quién? ¿Quién iba a realizar esa suplantación?

—Sus propios tíos.

—¿Y qué razón iban a tener sus tíos para sustituir a la verdadera Margie?

—Cincuenta millones de dólares. Ésa sería la razón.

—Es absurdo.

—Admitamos por un momento que Hutton hubiese llevado mal los negocios y no quisiese rendir cuentas. Vamos a suponer que tuviese miedo de que su sobrina le exigiese sus cincuenta millones. Entonces eligió a una mujer para sustituir a su sobrina. La impostora se daría por satisfecha por vivir con los Hutton, llevar una vida magnífica y quizá cobrar una cantidad.

—Debo confesar que su imaginación es prodigiosa. Pero no puedo compartir su hipótesis. Margie Gaskin ha vivido siempre con sus tíos. Hay centenares de personas que conocen a Margie desde que fue traída a los Estados Unidos cuando contaba seis meses de edad. Muchas personas la han visto crecer, han hecho amistad con ella... Ésa es la Margie Gaskin a quien yo conocí y la, que, contestando a una de sus preguntas, estuvo aquí ayer mismo.

—Le voy a aceptar sus explicaciones, señor Wilson.

—Es usted muy amable, señor Drayman.

—Hábleme de lo de ayer.

—¿Qué?

—Usted dice que Margie Gaskin lo visitó ayer en esta casa. ¿Cuándo llegó?

—Por la mañana.

—¿Por qué procedimiento? ¿Tren, autobús?

—No diga tonterías, señor Drayman. Margie vino en su coche.

—¿Qué marca?

—Un «Jaguar» del año pasado, color guinda, matrícula de Nueva York. ¿Algo más?

—Sí, señor Wilson. ¿Cuánto tiempo permaneció en Ratford?

—Unas horas, señor Drayman, y por favor, no me pregunte qué hizo mientras tanto.

—No, señor, no le voy a preguntar eso. Va a ser otra mi pregunta. ¿A qué hora se marchó?

—Por la tarde.

—En su «Jaguar» naturalmente.

—No, señor Wilson. No utilizó su «Jaguar» en su viaje de regreso.

—¿Por qué?

—Estaba averiado.

—¿Se fue en el tren?

—No, en el autobús.

—¿Qué autobús?

—¿Pertenece a alguna oficina del fiscal?

—No, señor Wilson.

—Tiene clase para eso.

—Gracias. ¿Qué autobús? —repitió Drayman.

—El de Columbus que pasa por aquí hacia Nueva York.

—¿La acompañó usted hasta la parada?

—Sí, señor Drayman, La llevé en mi coche.

—¿Quién compró el billete?

—Yo mismo. Taquilla número cuatro. Expendía los billetes el señor Andrew Cremen.

—¿Qué asiento le dieron?

—El número trece.

—Tiene buena memoria.

—El trece es un número que se queda grabado.

Carolyn se puso en pie de un salto.

—¡Señor Wilson, se equivoca! La joven que ocupó el asiento número 13 no era la mujer que usted conocía como Margie Gaskin.

Wilson sonrió.

—Oiga, señorita, ayudé a Margie a subir. Monté en mi coche y, cuando ella estaba junto a la ventanilla, le hice un saludo con la mano. Luego el autobús emprendió el viaje.

—¿Se fijó en la persona que había al lado?

—Sí, la observé.

—¿Hombre o mujer?

—Mujer.

—Desde luego me refiero al asiento número 14.

—El asiento que estaba al lado del de Margie estaba ocupado por una pelirroja, sí, por una mujer cuyo cabello era como el de usted.

—Era yo misma, señor Wilson... ¡Pero le repito una vez más que aquella joven no era Margie Gaskin!

—¿No? ¿Qué nombre le dio ella?

La joven dejó escapar el aire por entre los dientes.

—Margie Gaskin.

El abogado estaba muy serio ahora.

—Sólo existe una explicación para justificar la conducta de ustedes. Es lo que dije antes.

Están locos. Usted, señorita Gerr, dice que la mujer viajera no era Margie y en seguida se contradice confesando que ella le dijo llamarse Margie Gaskin.

Carolyn se dejó caer en un sillón apretándose la cabeza con las manos.

—¿Estaré loca de verdad...? Sí, eso debe ser —miró a Drayman—. Willy, lléveme a un doctor... Quiero que me vea un doctor...

Willy se levantó.

—Terminó la visita, Carolyn.

La joven hizo un gesto afirmativo y fue con Drayman hacia la puerta.

Wilson se quedó en el centro de la estancia.

—Gracias por todos sus informes —dijo Willy.

—No sé qué decirle, señor Drayman... Estoy realmente desconcertado.

—Olvide que nos llegamos aquí. Será lo mejor Dar a todos.

Los jóvenes avanzaron por el camino enarenado. El jardinero interrumpió su faena y quedóseles mirando.

Cuando ya andaban por la calle, Carolyn dijo:

—Marchémonos de aquí cuanto antes.

—Sí, Carolyn.

Fueron a la estación de autobuses y Willy se dirigió a la taquilla atendida por un hombre de cabello blanco.

—¿Cuándo pasa el próximo autobús para Nueva York?

—Dentro de media hora.

—Dos billetes.

Willy recibió los dos billetes, asientos 23 y 24, y abonó el importe.

—¿Es usted Andrew Craven?

—Sí, señor.

—Quisiera hacerle una pregunta, señor Craven.

—¿De qué se trata?

—El señor Wilson, el abogado, ¿vino ayer a comprar un billete?

—Sí.

—Eso era todo. Gracias.

Willy se reunió con Carolyn en el escaparate donde la joven se encontraba mirando los artículos de bisutería.

—Emprendemos el regreso dentro de treinta minutos.

—Ojalá ya hubiesen transcurrido.

En el centro de la calle, justo frente a la estación de autobuses, había una fuente con cuatro bancos. Tres de ellos estaban ocupados por señoras que hablaban de sus cosas mientras hacían calceta y sus niños jugaban por los alrededores. En el cuarto banco sólo había un viejo.

—¿Te importa que nos sentemos? —sugirió Carolyn—. Estoy como si me hubiesen pegado una paliza.

—Yo también.

Se llegaron al banco donde estaba el viejo con el que intercambiaron un saludo.

Willy sacó el paquete de cigarrillos y le ofreció a Carolyn pero ésta negó con la cabeza.

Drayman se puso el cigarrillo en la boca y buscó la caja de fósforos pero no la encontró.

—¿Tiene lumbre, abuelo?

—Desde luego.

El viejo sacó un encendedor de mecha.

—Ya sé que no es muy bonito, muchacho. Pero resulta práctico

—miró hacia el frente y consultó el reloj—. El señor Wayne llega hoy con una hora de retraso.

Willy siguió la dirección que el viejo señalaba y vio por la acera a un mozo de bar que portaba una bandeja sobre la que descansaban dos cafés.

—Todos los días tiene que llevarlos a la oficina de Correos —prosiguió el abuelo—. Uno es para el director y el otro para el telegrafista... En cambio, la señora Martin se adelanta tres minutos... Allá va. Es la de la cara de perro de San Bernardo. Acude a nuestra Casa para Ancianos Indigentes. Mientras no llegue ella, no se sirve el té...

Willy le devolvió el encendedor.

—¿Vive en este banco, abuelo?

El anciano lo miró y se echó a reír.

—Tiene usted chispa, amigo, pero la verdad es que se puede decir eso.

Willy señaló la estación de autobuses.

—Supongo que también se entretendrá con los coches que llegan y salen.

—Yo paso el rato con todo. Me basta con que un pájaro se pose en una rama.

—Naturalmente, conoce al abogado señor Wilson. —Sí.

—¿Qué opinión le merece?

—Es —una buena persona. Inteligente, y simpático. Y justamente lo vi ayer. Vino a la estación... Mire al señor Smith, el anticuario, tendrá que darse prisa si quiere llegar a tiempo para dar de comer a sus canarios.

—Lo vio ayer, ¿eh? Me refiero al señor Wilson.

—Oh, sí, se llegó ahí enfrente acompañando a una joven que se dirigía a Nueva York.

—Lo sé, abuelo. Margie Gaskin.

—¿Margie...? Oh, no, se equivoca. Esa chica no era Margie. Nunca la había visto en mi vida. Conozco bien a Margie Gaskin y la mujer que acompañaba Wilson era una forastera.

CAPÍTULO X

Alfred Wilson esperó a que descolgasen a la otra parte.

—¿Nena...?

—Sí, Alfred. ¿Cómo van las cosas?

—Todo salió perfecto. Ese par de entrometidos se llegaron aquí pero ya los despaché.

—¿Los has matado?

—Lo habría hecho sin vacilar si no se hubiesen tragado el anzuelo. Pero los desconcerté con mi seguridad.

—Creo que has cometido un error. Debiste matarlos.

—Envié un hombre para que los siguiese. Drayman sacó dos billetes para el autobús. —Wilson consultó el reloj—. Hace quince minutos que ese coche salió para Nueva York.

Cuando lleguen allí, se habrán olvidado de todo.

—Espero que no te equivoques.

Wilson metió la mano en el bolsillo y extrajo un sobre.

—Ya se acabó todo, nena, o mejor dicho, está a punto de acabarse. Voy a destruir la única prueba que podía existir contra nosotros.

—Te refieres a la carta que iba dirigida a Spencer Hutton.

—Sí, nena.

—¿Por qué no la quemaste ya?

—Las cosas podrían haber salido mal y entonces tendría que haber dado explicaciones.

La necesitaba para cubrir un posible fracaso.

—Está bien, Alfred, destrúyela de una vez.

—En cuanto cuelgue, dulzura... A propósito, quiero que vengas.

—¿Te vas a quedar en Ratford?

—No tango más remedio. Ya sabes lo que he de hacer esta

noche. Quiero que estés aquí para cuando termine mi trabajo. Luego regresaremos juntos. Buena idea, ¿verdad?

—Está bien, Alfred. Me pondré en camino.

—Hasta luego, dulzura.

—Estoy deseando estar a tu lado para darte el premio.

Wilson esperó a que colgase ella para hacerlo él a continuación. Quedóse mirando el sobre que sostenía con la zurda.

Sacó un encendedor de gas e hizo brotar la llama.

Sus labios sonreían mientras acercaba la mano al sobre.

De pronto una mano surgió por detrás y le atrapó por la muñeca.

—No haga eso, señor Wilson.

—¿Eh? —exclamó Alfred girando la cabeza.

El hombre que estaba allí era Willy Drayman.

—¿Sorprendido, señor Wilson?

Alfred agrandó los ojos.

—¿Cómo ha llegado hasta aquí?

Willy señaló las cortinas.

—Entré por la ventana de la otra habitación.

—¿Cómo ha podido hacerlo sin que le viesen?

—Tengo mucha agilidad, señor Wilson. Necesito tenerla para escapar de ciertas peligrosas compañías.

—¿Se da cuenta de que ha cometido un delito, señor Drayman?

—No me diga.

—Violación de domicilio.

Willy se inclinó sobre Alfred y dio un soplo apagando la llama del encendedor.

—Se le va a acabar el gas, señor Wilson.

Los ojos de Alfred brillaron dándose cuenta de la doble intención que había en las palabras del joven.

—¿Por qué ha vuelto, señor Drayman?

—Descubrí la verdad.

—No le comprendo.

—Usted no acompañó a Margie Gastón ayer al autobús.

—¿Preguntó al señor Craven?

—Sí, Wilson, y confirmó lo que usted había dicho. Pero otra persona me informó de que la mujer que acompañaba no era Margie Gaskin sino una forastera. Interesante, ¿verdad?

—Willy, lárguese de aquí.

—Escuché su conversación telefónica desde detrás de las cortinas... Iba a destruir la única prueba que existía contra ustedes.

—Willy alargó la mano para quitarle la carta—. ¿Me permite, señor Wilson?

Alfred dejó caer la carta y tiró del cajón que tenía delante.

Willy vio en el interior una negra pistola sobre cuya culata se aferró la mano de Alfred, pero no se la dejó sacar porque le golpeó con todas sus fuerzas en la clavícula.

Sintió como todo el cuerpo de Wilson se estremecía dando diente con diente. A pesar de que lo había dejado paralizado, le castigó la otra clavícula.

Wilson lanzó un rugido y se vino hacia adelante golpeando la cara contra la mesa. Allí quedó respirando entre jadeos, los ojos en blanco.

Willy tomó la pistola del cajón y la guardó en su bolsillo.

Recogió el sobre de la alfombra y extrajo su contenido, unos papeles. Entre ellos había una carta cuyo contenido decía así:

«Señor Spencer Hutton: Siento el mal rato que le voy a hacer pasar, pero mi conciencia me exige esta confesión. Me encuentro en el lecho de muerte ya que los doctores no me han concedido más de dos semanas de vida. Por ello quiero quedar en paz con los hombres, esperando que Dios me conceda la suya. No puedo escribir mucho, de modo que trataré de resumir en lo posible mi historia.

»Yo fui compañero de armas de Jonathan Gaskin; en Italia. Hicimos el desembarco juntos y juntos conocimos a una muchacha italiana, Linda Novara. Yo me enamoré locamente de ella, pero Linda Novara entregó su amor a Jonathan. Linda me dijo que iba a tener un hijo de Jonathan. Pensé que Jonathan se casaría con Linda pero ésa no era su intención en un principio. Por eso ofrecí a Linda que fuese mi mujer.

»Ella habría aceptado pero, de pronto, un día, la

ciudad fue bombardeada.

Jonathan estaba en un bar donde cayó una bomba. Resultó gravemente aprisionado entre los escombros y no se le pudo sacar. Agonizando me dijo que estaba dispuesto a casarse con Linda. Cogí a la muchacha y la llevé allí. Jonathan, entretanto, había hecho testamento. Dejaba toda su fortuna a su mujer y a su hija.

»En caso de muerte de las dos pasarían a sucederle en la herencia media docena de centros benéficos del Estado de Nueva York. Fueron casados por un sacerdote católico. Poco después, Jonathan falleció. Linda dio a luz a una niña cinco meses más tarde. Yo seguía pensando en casarme con Linda. La quería con todas mis fuerzas. Le dije que sería un padre para Margie, su pequeña. Finalmente, Linda me aceptó pero de nuevo el destino vino a interponerse entre nosotros. Linda falleció de fiebres en un plazo de cortos días. Deseé morir también pero había una criatura que me angustió en aquellos días de amargura, la pequeña Margie. Le busqué una nodriza. Cuatro o cinco meses más tarde sobrevino otro bombardeo. La casa donde se encontraba Margie con la nodriza fue alcanzada por un impacto, pero la niña no sufrió ningún daño, aunque murieron varias personas. Allí mismo se me ocurrió una idea. No me separarla de Margie, la hija de la mujer que había amado.

»Me la llevaría conmigo. La haría pasar por mi hija. En tiempo de guerra, en Nápoles tomaban las huellas de los niños que nacían para evitar cualquier confusión... Antes de salir de allí solicité un certificado del Registro en el cual están incluidas esas huellas. Es uno de los documentos que acompaño para justificar que la joven que durante tantos años he hecho pasar por mi hija es en realidad Margie Gaskin, la hija de

Jonathan y que por tanto, tiene derecho a la fortuna que le corresponde. Yo vivía muy lejos de Nueva York, en un pueblo de Oregón. No me casé porque preferí ser fiel a la memoria de la madre de Margie.

»Era dueño de un modesto negocio de fabricación de muebles, pero ahora que voy a morir no puedo consentir que esta muchacha buena, sencilla, Margie Gaskin, pase penalidades. La vida nos cobra todos nuestros pecados y yo confieso que cometí uno al llevarme conmigo aquella muchacha. Supe hace algunos años que ustedes tenían otra Margie Gaskin en su casa y comprendí en seguida que habían fraguado las pruebas necesarias para hacer pasar a una niña como a la hija de Jonathan con el objeto de que la fortuna familiar no se dividiese. Con arreglo al testamento de Jonathan su fortuna habría pasado a los centros benéficos que él había señalado... Ya termino, señor Hutton. Comprendo las razones de ustedes.

»También han mentido lo mismo que yo, pero ahora cada persona debe ocupar su sitio. La muchacha que se ha criado como hija mía es Margie Gaskin y no la joven que ustedes han presentado al mundo como tal. Acompaño las pruebas. Terminó como he empezado, rogándoles su perdón. He confesado a Margie la verdad y ella ya me ha perdonado».

La carta estaba firmada por James Mahoney, residente en Halifax, Oregón, calle Mayor, 84.

Wilson se estaba ya recuperando. Echóse sobre el respaldo del sillón.

—Rompa esa carta —dijo.

—No, señor Wilson. Esto no se puede romper.

—Destrúyalo todo, la carta y los otros papeles que la acompañan.

Los otros papeles eran un certificado del Registro Civil con las

huellas dactilares correspondientes a Margie Gaskin y una copia del testamento de Jonathan Gaskin.

—Recuerde la última voluntad de James Mahoney. Cada persona ha de ocupar su sitio.

—No sea estúpido... Habrá dinero para usted también.

—¿Sí? ¿Cuánto me va a dar, señor Wilson?

—Cinco mil dólares.

—Compra usted muy barato. Yo veo así las cosas. Usted piensa casarse con la falsa Margie, la que hace casi veinte años, siendo una niña, fue elegida por los propios Hutton para no perder cincuenta millones de dólares. Naturalmente, ella no conocía su verdadero origen, pero esta carta cayó en sus manos y, al comprender lo que iba a ocurrir, se puso al habla con usted. Entonces decidieron correr solos con la pelota. ¿No es así, señor Hutton?

—Spencer y Dorothy se encontraban en Miami cuando llegó la carta. Justamente teníamos un asunto planteado en Oregon. Creí que la carta estaba relacionada con el juicio que ventilábamos y me hice cargo de ella.

—Comprendo. Usted inmediatamente informó a la joven para tenerla bien segura. Se le ocurrió una bonita jugada. Usted atraería aquí a la muchacha y la despacharía. De esa forma la falsa Margie habría sido siempre Margie Gaskin.

—Sí, y me habría casado con ella. Esos estúpidos de Dorothy y Spencer me consideraban poco para ella porque la tenían como su propia sobrina. Con las pruebas en mi poder, no habrían tenido más remedio que danzar al son que mi esposa y yo hubiésemos tocado. Y es lo que va a ocurrir ahora, ¿lo oye, Willy? No seré dueño de cincuenta millones, sino de cien millones porque seré quien dirija todas las empresas, todas las firmas... Tiene razón, cinco mil dólares son pocos... Tendrá veinticinco mil...

—Dígame primero qué ha hecho de Margie, y me estoy refiriendo a la verdadera.

—¿Qué le importa a usted?

Willy le soltó una bofetada.

—¿Dónde está?

—En el sótano de esta casa.

—Ya entiendo. Continúa viva, pero la pensaba liquidar esta noche. Ése es el trabajo que debería realizar antes de marcharse de

Nueva York con su linda muñeca del bastoncito.

—Le estoy ofreciendo una oportunidad, Willy. No la desaproveche.

—La voy a desaprovechar.

—¿Usted...? Sólo quiere apretarme para que le largue más dinero... Conozco su identidad.

—¿Sabe lo que voy a hacer con usted, Wilson? Lo voy a entregar a la policía.

—No diga eso.

—Ande, levántese.

—¡No lo haga! —chilló Wilson—. Maldita sea... ¿Quiere ser mi socio? ¡De acuerdo! ¡Ya es socio de Alfred Wilson!

—No hay nada que hacer —dijo Drayman y sacó la pistola—. Eche a andar.

—Por última vez, Drayman, guarde esa arma.

—¿Quiere que le rompa la boca con el cañón? Es usted un reptil, Wilson, de modo que no me tienta o se la romperé sin titubear.

La puerta se abrió de golpe y dos hombres irrumpieron en la estancia soltando plomo por las armas que empuñaban.

CAPÍTULO XI

Willy se puso a apretar el gatillo al tiempo que se dejaba caer contra la pared.

Wilson trató de arrojar al suelo, pero perdió el equilibrio al golpear contra el borde del sillón. Fue una mala suerte para él porque una de las balas que enviaban los hombres a su servicio lo enganchó por un costado.

Lanzó un aullido desplomándose en la alfombra.

Drayman se estaba encargando de los dos tipos. A uno ya le había incrustado una bala en la cabeza.

El otro, el que había herido a Wilson, se había quedado un poco sorprendido y esa distracción le resultó fatal, porque otro plomo escupido por la pistola que manejaba Drayman le destrozó la barbilla.

Willy esperó que apareciesen más enemigos pero eso no llegó a ocurrir.

Alfred respiraba todavía pero los otros dos hombres estaban muertos.

Avanzó junto a la pared hacia el hueco de la puerta y miró fuera. El criado estaba en el vestíbulo contra una columna, inmóvil como una estatua, la cara blanca como el yeso.

—¡No me mate!

—Condúceme al sótano.

—Sí, señor Drayman... Ahora mismo.

Willy siguió por un corredor al criado, el cual tomó un llavero de la pared y abrió una puerta.

—Abajo, muchacho —ordenó Willy.

El criado que se estremecía lleno de miedo estuvo a punto de caer por la escalera, pero logró llegar abajo indemne.

Willy vio a la mujer que estaba sentada en una silla, atada y amordazada.

—Déjala libre.

El criado imploró.

—Oiga, yo no sé nada de esto... El señor Wilson dijo que tenía que obedecerle.

—Está bien, dilo a la policía y, si te creen, es cuenta de ellos. Libértala.

El tipo quitó primero la mordaza a la joven y luego se dedicó a las ligaduras.

Willy se acercó a la muchacha.

—Usted es Margie, la viajera número 13 del autobús de Columbus. —Sí... sí señor... ¿Quién es usted?

—Un tipo cualquiera, señorita Gaskin.

De pronto se oyó un repiqueteo por la escalera.

Willy se volvió con la pistola en la mano.

Quien descendía era Carolyn Gerr.

—Pero Carolyn, te dije que te quedases fuera —dijo Willy.

—Y es lo que hice pero al oír los estampidos me decidí a entrar.

—¿Y si hubiesen sido ellos los que me hubiesen matado?

—No lo pensé —la joven miró a la prisionera que acababa de ser libertada por el criado—. Hola, señorita Gaskin.

Margie Gaskin sonrió.

—Imagino que todo se lo debo a usted.

—Siempre han dicho que soy una muchacha muy terca.

Margie se puso en pie y echóse en brazos de Carolyn besándola en las mejillas.

—Gracias, Carolyn.

—¿Qué tal la pierna?

—Mucho mejor, aunque de estar quieta se me ha vuelto a inflamar un poco.

—¿Qué les parece si subimos arriba para esperar a la policía? —habló Willy Imagino que los estampidos se deben haber oído lejos y que llegarán de un momento a otro.

—El jardinero echó a correr hacia el pueblo cuando sonaron los disparos —repuso Carolyn—. Se habrá encargado de avisar al *sheriff*.

El capitán Courtney Barney dio una chupada al veguero que

estaba fumando.

—De modo que lo solucionaste todo, ¿eh, Willy?

El rubio Drayman señaló a la joven Carolyn.

—Digamos que lo hicimos a medias.

—Enhorabuena.

—Muchas gracias, capitán.

Courtney se vino hacia adelante golpeando la mesa con el puño.

—Esta vez te salió bien pero, si cada vez que emprendemos una investigación, tropezásemos con un par de tipos como ustedes, presentaría la dimisión.

—¿Y por qué no lo hace, capitán?

—¡No me exasperes...! ¡No lo hagas o te envío derecho a la celda!

—¿Cuál sería la acusación, señor Courtney?

—Intento de chantaje.

Willy no dijo nada y el capitán se relajó en el sillón.

—Tengo noticias para ustedes. Los señores Hutton han donado a Rose Picatelly, que así se llamaba la falsa Margie, una cantidad de cien mil dólares... Han considerado que la chica no tenía la culpa de que ellos hubiesen fraguado una prueba y también han olvidado que ella estaba de acuerdo con Wilson. Ya habrán leído en los diarios que Wilson murió en el hospital después de haber hecho una completa confesión. Delató a un tipo llamado Rex Nolan, que desempeñó el papel de Max Kipling.

—¿No meterán mano a los Hutton?

—No se puede hacer nada. Ha aparecido la sobrina verdadera y tiene derecho a la fortuna de su padre. Lo han arreglado haciendo donación de unos buenos picos a las entidades benéficas señaladas por Jonathan en su testamento.

Los dos jóvenes se pusieron en pie.

—Bueno, capitán —dijo Willy—. Hasta la vista.

—Espere, tengo algo para ustedes —el capitán sacó un sobre de debajo de la carpeta, que alargó a Willy.

Éste lo abrió y extrajo dos cheques. Cada uno de ellos era por cincuenta mil dólares. En uno estaba estampado el nombre de Willy Drayman y en el otro el de Carolyn Gerr.

Entregó a la joven el suyo.

—Dios mío... soy rica. ¡Es de Margie Gaskin!

Los dos jóvenes se miraron sonrientes.

—¿Qué vas a hacer con el dinero, Willy?

—No lo sé. ¿Y tú?

—Tampoco lo he pensado... Ha sido tan rápido...

—Se me ocurre una cosa, Carolyn.

—¿El qué, Willy?

—Asociarnos.

—¿Qué?

—En el buen sentido de la palabra... Reunimos los cien mil dólares y ponemos un negocio.

—¿Sólo eso? —dijo ella haciendo un gesto de desencanto.

Willy se miró la punta de los zapatos.

—Bueno, Carolyn, no sé si te convengo... Puedes preguntarle al capitán Courtney qué clase de tipo soy yo.

—Yo se lo diré con mucho gusto, señorita Gerr —sonrió Courtney.

Ella ni siquiera miró al capitán.

—No me importa lo que hayas sido antes, Willy, sino lo que eres ahora... ¡Eres un hombre rico!

Willy la apretó contra sí y la besó en los labios.

El capitán estaba con la boca abierta sonriendo a los dos jóvenes abrazados pero, de pronto, arrugó la nariz, apretó los dientes y pegó un puñetazo en la mesa.

—¿Qué se creen que es esto? ¿Central Park a las ocho de la noche?

Pero los jóvenes continuaron besándose.

Sonó el teléfono y el Capitán se puso a buscar precipitadamente el auricular. Acertó a la segunda.

—¿Sí...? —rugió—. Perdona, querida... Sí, querida... ¿A casa de los Cannon...? Si, querida...

FIN

APARECERA LA PROXIMA
SEMANA EN ESTA COLECCION

Silver Kane

LA TERCERA ESFINGE



Precio: 7 ptas.

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

COLECCION

CIRCULO ROJO



Los archivos policíacos abiertos para Usted.

CRIMEN, S. A.

LA MAFIA

ANTOLOGIA DEL CRIMEN

T-MEN

EL MUNDO DEL DELITO

LIBRO NEGRO DEL CRIMEN

HOLLYWOOD ES MI REINO

LOS AÑOS SIN LEY

LIBRO NEGRO DEL CASTIGO

SEPTIMO INFIERNO

OPERACION BERNHARD

EL ROBO DEL SIGLO

INTERVIENE SCOTLAND YARD

PATRULLA ESPECIAL

INTERPOL

LOS ASESINOS

DELITOS DE SANGRE

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.



la aventura vivida

MI VIDA SUBTERRANEA

por Norbert Casteret

INVESTIGADOR SUBMARINO

por Lloyd Bridges

"Mike Nelson"

NIGER, LEYENDA Y REALIDAD

por Richard Owen

VOLANTES DE LA MUERTE

por Robert Daley

MI PADRE ES UN CANIBAL

por Stan Bergman

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

COLECCION HISTORIAS

WILEY-INTERSCIENCE

Gran variedad de temas:
Aventuras, Religiosos, Femeninos, Biográficos, Infantiles, Cuentos.

Cada volumen incluye 250 ilustraciones que permiten seguir el relato sin leer el texto.

160 títulos publicados. Una completísima biblioteca juvenil para niños y niñas, recomendada por todos los profesores.

La mejor presentación

Encuadernación muy resistente con sobrecubierta a todo color, esmaltada. 256 páginas.

El mejor precio: 30 ptas.



BOLSILIBROS BRUGUERA

ULTIMOS VOLUMENES PUBLICADOS

PRECIO: 7 PTAS.

COLECCION "PINPINELA"

525 — Amparo Lara
EN BUSCA DE LA VERDAD

COLEC. "MADREPERLA"

721 — Josefina M. Rivas
SAOR A SAL

COLECCION "ROSAURA"

545 — M. Dolores Acevedo
EL VERDADERO AMOR

COLECCION "ANAPOLA"

552 — Marisa Villardafrañcos
EL TERRIBLE SECRETO

COLECCION "ALONDRA"

484 — Corín Tellado
EL SEÑOR FEUDAL

COLECCION "CANELIA"

437 — Carlos de Santander
EL ORGULLO HERIDO

COLECCION "CORAL"

105 — Corín Tellado
SI NO FUERAS TU

COLECCION "CORAL"

223 — Corín Tellado
BEATRIZ

COLECCION "BISONTE"

766 — George H. White
CAZADOR EN EL OESTE

COL. "SERVICIO SECRETO"

630 — Keith Lager
ELLA PEDIA DE UNA
SOGA

COLECCION "BUPALO"

462 — M. Lafuente Estefanía
MANOS DE GUN-MAN

COLECCION "COLORADO"

255 — M. Lafuente Estefanía
EL CAPITAN KELLY

COLECCION "KANSAS"

231 — Clark Carrados
LA SEPTIMA ESTRELLA

COLECCION "CALIFORNIA"

310 — Meadow Castle
SOBERBIA MALDITA

Col. "HEROES DEL OESTE"

203 — M. Lafuente Estefanía
EL VALLE DE LOS
SIN LEY

COL. "ASES DEL OESTE"

173 — Silver Kane
LA SALVAJE

COLEC. "BRAVO OESTE"

85 — O. C. Tavin
LLEGARON LOS GUN-MEN

COLECCION "PUNTO ROJO"

19 — Keith Lager
INTRUSION EN EL
ASESINATO

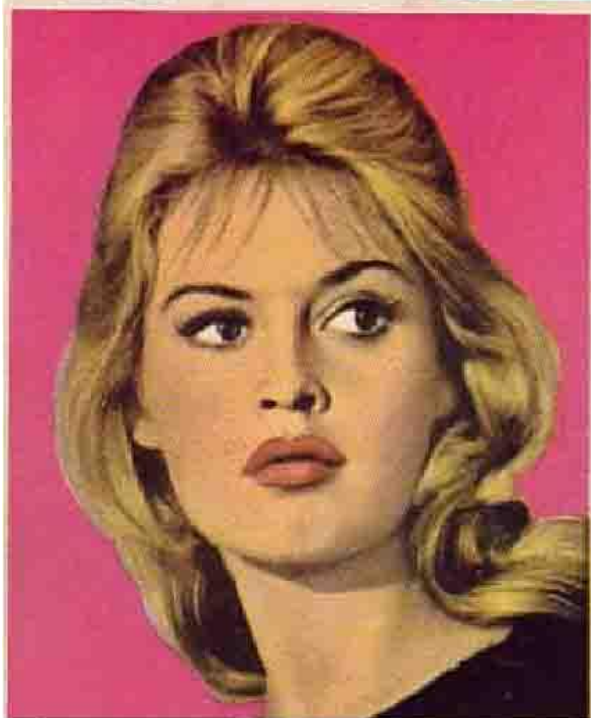
COLECCION "TEXAS"

331 — M. Lafuente Estefanía
DOCTOR DICKSON

Las obras más selectas, los autores más populares,
la presentación más sugestiva, los hallará siempre
en las Colecciones de EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

Mora la Nueva, 2 - Barcelona

Ripóllo Irigoyen, 546 - Buenos Aires



N.º 1579

Brigitte Bardot

Nació el día 28 de Setiembre de 1934 en París. Debutó en las pantallas en el año 1952. Hemos visto a esta famosa estrella francesa en las siguientes películas: "Traicionada", "Esta pícara coqueta" y "¿Quiéreme usted bailar conmigo?", entre otras.



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

MOYA, 14. NUEVA 3 - BARCELONA (ESPAÑA)

PRECIO EN ESPAÑA: 7 ptas. • Impreso en España - Printed in Spain